



Portada: Agustín Blázquez (hijo)

Sin rostro Sin nombre

Mis amigos
Agustín Blázquez



Este libro está escrito por mis amigos con sus testimonios y por Agustín Blázquez con las manos

ÍNDICE

Prólogo	8
Hermanas	13
B de bondad	14
A de adaptación	20
¡Ay, Madre Mía!	29
Perico de los Palotes	31
D de debilidad	37
A de admiración	40
T de testimonio	44
U de unión	82
H de huida	87
116 jornadas	90
R de Rencor	93
Agradecimientos	97
Epílogo	98
Madre Teresa de Calcuta	100

A mi mujer

PRÓLOGO

Nunca dejará de impresionarme el curioso modo de funcionar de nuestro cerebro, ese gran desconocido. Sabemos que existe el neocórtex, el sistema límbico y el paleocórtex, e incluso un hemisferio izquierdo más vinculado a la razón y uno derecho a las emociones. Pero ¿dónde se almacenan nuestros recuerdos? Y sobre todo, ¿por qué acuden a nuestra mente en los momentos más inverosímiles?

No ubico exactamente la fecha, pero debía rondar los veintiún años cuando uno de esos *hermanos* no sanguíneos que se tienen en la vida, me pidió que le acercase a una casa de acogida. Desde hacía años, mi amigo Alfonso hacía voluntariado con enfermos de VIH en la Casa de la Madre Teresa de Calcuta en Madrid y se quedaba a dormir una noche por semana. Y yo, que acababa de heredar el coche de mi hermana, no era rara la ocasión en la que ejercía de chófer entre mis amigos. Recuerdo además que era un domingo frío y lluvioso y que tenía una enorme resaca propia de mi edad, factor que estoy seguro influyó en que ese preciso momento me llamara tanto la atención.

Sin saberlo, dicho instante anecdótico, aparentemente insignificante, quedó grabado y almacenado en mi corazón para siempre. Recuerdo volver solo a casa reflexionando sobre los motivos que empujaban a mi *hermano* a hacer semejante obra de caridad. ¿Qué había detrás de

dicho esfuerzo altruista? ¿Qué le llevaba a pasar una noche en vela cuidando a los demás cuando apenas habíamos dormido?

Pasaron muchos años hasta que nació en mí esa misma necesidad.

Rondaría en esta ocasión los treinta y pocos. La vida me sonreía. Casado, con trabajo, con un hijo en camino, con todas mis necesidades cubiertas, me empezó a embargar una cierta obligación moral. La edad comenzaba a enseñarme un mundo hasta ahora ajeno a mis ojos. Cuánto se me había dado Dios mío. ¡Y cuánto le faltaba a tanta gente! Qué afortunado y dichoso era, y cuánta tristeza, injusticia y desigualdad había a nuestro alrededor.

La necesidad me llevó al silencio, donde empieza todo como decía la Madre Teresa:

El fruto del silencio es la oración.

El fruto de la oración es la fe.

El fruto de la fe es el amor.

El fruto del amor es el servicio.

El fruto del servicio es la paz

Y el silencio me llevó a la acción. El recuerdo de un Alfonso entrando en la casa de acogida retornó a mi memoria y se convirtió en una fuerza enorme.

Me gustaría detenerme brevemente en este momento para recalcar que mi labor de voluntariado no tiene su origen, como indico, en sentimientos tan loables como la generosidad o la empatía. En mi caso no estuve reflexionando, dubitativo, pensando en las necesidades del

prójimo. En cómo ayudar a los que después se convirtieron en mis amigos. Partió efectivamente casi del bochorno en reconocer todo lo recibido. Familia, amigos, educación, trabajo, salud, aficiones, ... De ser consciente de mi suerte, de mi situación de absoluto privilegio en la vida y la sociedad. Brotó podría decir, casi de la vergüenza, esa emoción que visto lo visto, puede llegar a ser incluso más fuerte que las dos anteriores.

Rápidamente acudí al mismo sitio donde años atrás mi destartado coche había parado apenas unos minutos. Y cuando le hacía un breve resumen de mi situación a la Hermana, desde una profunda humildad y prudencia se me dio en un débil español la primera de las muchas lecciones que recibiría posteriormente "la familia primero, después aquí". Efectivamente no había llegado mi momento.

Tuvieron que pasar algunos meses más hasta que, haciendo estricto caso al consejo, la guardería hiciera que la inquietud de ir a jugar al medio día con mi hijo desapareciera.

Los años fueron pasando y las relaciones se fueron estrechando. Y ya son más de diez cuidando y haciendo compañía a mis amigos; dándoles mi alegría, probablemente de lo poco que puedo ofrecer y con toda seguridad el mayor don que he recibido. Les limpio, les cambio los pañales, les corto las uñas, les doy de merendar, les canto flamenco y chirigotas, les cuento chistes, les hablo de radio, les ducho, les ayudo a ir al baño, les hago la cama, los llevo de paseo, les llevo regalitos y jugamos a juegos de mesa.

Y aprendo de ellos. De las lecciones de vida que ocultan bajo vidas rotas y llenas de sufrimiento. Y ese, ese, es precisamente el motivo de este pequeño libro. Dar testimonio de ellos. De sus historias, de los múltiples mensajes que, a mi juicio, tienen que dar a una sociedad como la nuestra. Mensajes de errores, de falta de oportunidades, de maldad, de ira, odio, venganza, egoísmo, resignación, pero también y, sobre todo, de amor, supervivencia, conversión, caridad, superación, perdón, adaptación, recomposición y constancia.

Vidas truncadas por los más diversos motivos que me han hecho ver la fina línea que nos separa de una situación parecida. Si tuviera que elegir un único mensaje personal sin duda sería ese, la delgada línea hacia la vulnerabilidad. Personas con educación, entornos estables y dinero, que terminan en la más absoluta pobreza. Y todas sus historias, sustentadas en la rotura de los dos pilares que mantienen la existencia de cualquier ser humano: el trabajo y la familia. Ambos retroalimentados y tan vinculados entre sí que suelen tender a llevar el mismo destino.

No me gustaría terminar este breve prólogo sin recalcar que las presentes historias, si bien se ciñen enteramente a la realidad, están por seguro incompletas. Mi respeto a sus delicadas situaciones me ha evitado preguntarles nunca por su pasado y los motivos de su presencia en la casa. Se me antojaba como esa escena de película carcelaria donde al nuevo preso le preguntan por los motivos de su ingreso en prisión. Sin embargo, muchos de ellos, la gran mayoría, me han abierto

su corazón y autorizado a escribir de forma anónima para que sus tropiezos puedan servir de ejemplo.

Sus nombres, por tanto, no son los verdaderos. Y sus rostros, tampoco.

HERMANAS

Poco tengo que decir de las Hermanas cuyo anonimato me han pedido que conserve. Su humildad y buen hacer les impide ser reconocidas. Para mí, ellas son el verdadero motor de la caridad humana y representan, cada una individualmente, la viva imagen de la Madre Teresa de Calcuta.

En ocasiones me quedo observándolas en la distancia admirado por su absoluta entrega y dedicación. Pensando a todo lo que han renunciado para estar allí, en ese preciso momento, a nuestro lado, ayudando. Todo lo que han dejado atrás, familia, amigos, y todo lo que nunca harán, y, por el contrario, no dejarán de entregar. Si algún día este libro fuese publicado, sus beneficios, si los hubiera, serían destinados íntegramente a su obra. Sin su acogida no hubiese tenido si quiera la oportunidad de conocer a ninguno de mis amigos, ni podido escribir una sola línea de las presentes.

B de Bondad

El señor B me desconcertó desde el primer momento.

Era mi primer día como voluntario y la Hermana me llevó directamente, de las dos casas que había, a la de los enfermos de VIH. No puedo decir que fuese miedo lo que sentía, pero sí una enorme inquietud y respeto. ¿Sería capaz de cuidarlos? ¿Estaría a la altura? ¿Me contagiaría? Incluso me planteé pedir atender a los que no estaban enfermos, pero me pareció que aterrizar imponiendo condiciones no era un buen comienzo.

Nada más abrir la puerta, me topé con el que se convertiría en el primero de mis amigos. B era un señor de metro sesenta ligeramente encorvado. A su pelo corto y canoso, le seguía una cara arrugada, con barba permanente de tres días y tez pálida. Sus ojos, de color marrón, enmarcados tanto por sus prominentes cejas como por ese mal afeitado, estaban ligeramente apagados, aunque transmitían cercanía. Vestía unos vaqueros roídos, unos zapatos viejos y un jersey lleno de boquetes.

En su cuello me pareció ver algo que no había visto hasta el momento. Eran una especie de verrugas, lo que posteriormente identifiqué como erupciones cutáneas consecuencia de la enfermedad. Además de apenas hablar, cuando lo hacía se expresaba con una voz tan prudente que te forzaba a agudizar el oído.

Dicha primera impresión me llevó lógicamente a pensar que era precisamente a B al que tenía que cuidar. Cuan equivocado estaba desde el principio, porque Bondad era, y es, el alma y guardián de todos y cada uno de nuestros amigos.

Acto seguido, con un andar pausado, me llevó a despertar al primero de ellos. Sin presentación alguna, con la cotidianidad de sus actos, vi como un pequeño hombre de metro sesenta levantaba a otro de metro ochenta, de unos 90 kilos de peso, y lo sentaba en una silla de ruedas. Sin aparente esfuerzo, "con técnica" como suele decir, en apenas unos segundos el señor P estaba merendando en el comedor principal contiguo.

Enseguida entendí que este hombre aparentemente insignificante no tenía que ser cuidado por mí ni por nadie. Era precisamente él, un hombre desapercibido a los ojos del mundo, quien cuidaba y daba cariño a todos y cada uno de los miembros de la casa con una tremenda delicadeza y humildad.

Tenía tal nivel de autosuficiencia, como descubrí más adelante, que no dejaba ser ayudado. Como si de una devolución vital se tratara.

Tras P empezamos a levantar al resto de los 15 amigos que vivían en ese momento en la casa. Protegido con una bata antigua y unos guantes de látex, fui enseñado por Bondad minuciosamente a cambiar pañales y pitochines. Minutos más tarde todos estaban sentados en dicho comedor principal, separado apenas unos metros de sus

dormitorios, donde nuevamente recibí indicaciones para darles de comer.

Debo reconocer que, incluso antes de conocer su historia, ese día empezó mi gran admiración por Bondad.

El señor B entró un primer día en la casa en el año 1998, como se dice vulgarmente en el sur, con los "pies por delante". Venía en una camilla, sin poder apenas moverse y con serias dependencias. Los médicos le pronosticaron 15 días de vida.

Lo traían de la calle enfermo del alma. Desde hacía varios años era precisamente donde vivía. Sumergido en la mala vida y las malas compañías, sus dos citados pilares de familia y trabajo hacía tiempo que se habían desmoronado.

Pero su transformación estaba precisamente a punto de producirse. Su vocación real estaba al llegar.

Como Pedro pescando antes de conocer a Jesús, ignorando absolutamente la grandeza del futuro que le esperaba, B estaba destinado a cambiar su vida para siempre. Poco a poco y obligado por las circunstancias, fue abandonando sus dependencias físicas. Se curó de cuerpo, pero todavía no de espíritu. En el silencio de la noche, cuando todos se habían acostado, a salvo entre el calor de las cuatro paredes de su nuevo hogar, algo en su interior también empezó a cambiar.

Y aunque la estocada de las Hermanas, que almacenan grandes conocimientos en la sanación de almas, estaba a punto de llegar, creo preciso hacer una pausa en este momento vital. Porque en

este concreto instante el Señor B, una vez recuperado, podía haber optado por cualquier otro camino en la vida. Tan sencillo hubiese sido como, con su nueva libertad de elección, levantarse y volver a la calle, a su vida pasada, a cometer los mismos errores ya conocidos.

Pero no se fue a ningún sitio. Y como si de una señal se tratara, nuestras Misioneras de la Caridad, a los pocos meses, decidieron que Bondad debía integrar el grupo de enfermos que cada año envían a Lourdes, donde se produjo el milagro definitivo. “La Virgen te da, pero tú tienes que corresponderle”, ahora sentencia.

La salida de B de las frías aguas del sur de Francia enterró el espíritu de alguien dependiente y débil, de un ser centrado en el yo en lugar del tú. El señor B que volvió de Lourdes ya no lo hacía para ser cuidado, sino para cuidar. Ya no entraba en la casa pensando en sus necesidades, sino en la de los demás. Embargado por un inmenso sentimiento de devolución, su vida y errores pasados habían muerto, porque Bondad había nacido de nuevo. Y con él, un nuevo ser humano, un nuevo propósito vital.

Desde dicho día, como aquel de los diez leprosos que volvió a dar las gracias a Jesús “los diez quedaron limpios, ¿dónde están los otros 9?” (Mateo 17:11-19), Bondad regresaba lleno gratitud. Alguien que probablemente a lo largo de su vida poco escuchó hablar de el Señor, retornaba ahora en su nombre para hacer su voluntad. Su más fiel seguidor en la Tierra. Lo que se dice una

conversión en toda regla, una que da fruto al ciento por uno.

Y desde entonces, han pasado ya casi 30 años, Bondad acude cada día a nuestra querida casa de acogida. Levanta, cuida, cambia, alimenta, a todos los que puede y su ya delicada salud se lo permite. Y enseña con cariño y enorme delicadeza a voluntarios que, como yo, aparecen cada día por ese lugar lleno de amor y serenidad en busca, quizás como es el caso, de devolver, aunque sea, una mínima parte de todo lo recibido. Y también acude a ver a su Virgen de Lourdes como voluntario dos veces cada año, "me han dado la medalla de los 25 años", confiesa emocionado.

En honor a la verdad debo reconocer que, enterado con el tiempo de su historia y circunstancias, ha supuesto mi verdadera inspiración para que alguien como yo, que apenas ha escrito en su vida contadas postales, correos electrónicos, informes y algún que otro contrato, se haya sentado a redactar una parte significativa de su testimonio de vida.

Puesto que, así como es materialmente imposible resumir una historia al completo en apenas unos minutos, tampoco es viable describir íntegramente la personalidad de un amigo en apenas unas hojas.

Y la radiografía de Bondad quedaría incompleta sin atribuirle también, como ser humano, las flaquezas de nuestra condición. Debilidades a las que estoy seguro no ha sucumbido, pero que ponen de manifiesto el enorme esfuerzo de una

persona en sus circunstancias. Como muchos de sus otros amigos dicen, aquellos que cruzaron la línea al lado oscuro y saben de lo que hablan: “la Casa normalizó su vida, se ha entregado a ella, pero solo, sin control, se perdería”.

Recuerdo encontrarme a B un día yendo a trabajar a la radio. En una calle trasera a la Gran Vía de Madrid, donde suelen apostarse esas flores nocturnas de gran variedad étnica. Allí estaba mi amigo sentado, mirando al suelo, como parte del paisaje. Como lo había hecho siempre. Una vuelta a la cotidianidad de sus actos pasados. Sin relacionarse con nadie, sin hablar con nadie, viendo pasar el tiempo como el que añora una época anterior. O simplemente por querencia, como alguien que acude a observar el crecimiento de su árbol plantado. O quizás pensando en mantener una simple conversación con las que un día fueron sus amigas más cercanas.

Nada más verlo fui a fundirme con él en un abrazo. Yo, de chaqueta y corbata, dispuesto a entrar a trabajar, y él, vestido con harapos, viendo pasar la vida. Dos personas abrazadas en la calle pertenecientes a los más diversos mundos y condiciones, pero vinculadas entre sí gracias a la fuerza de la Madre Teresa de Calcuta. Fundidos en una unión inexplicable para el resto de transeúntes y personas de mi oficina, que conociéndome desde hace años me miraban atónitos buscando una explicación.

Ese también es B. Una persona en la senda que en ocasiones necesita acariciar su vida pasada. Una persona libre y en paz, porque ya se ha perdonado.

A de adaptación

Creo que no llegué a conocer bien a Adaptación hasta los 9 años de voluntariado. No porque no me abriese su corazón, sino porque todavía no se lo había abierto a sí mismo.

El señor A era sin duda la persona más educada, culta, “y con más oportunidades” como suele reconocer, que reside en la casa de acogida. Ciudadano del Mundo, perteneciente a una familia acomodada, había estudiado en los mejores colegios de su ciudad y convivido en un entorno de cuidados y amor.

Era además mi primera muestra de que en la casa también podría encontrar a personas cultivadas. Hombres con educación, con un enorme conocimiento, y que hasta habían tenido mucho dinero, un entorno estable y una vida como la que yo estaba llevando en estos instantes.

Pero, como ya evidenciaba anteriormente, la fina línea aludida concatenó una serie de acontecimientos que hizo que nuestro amigo A se tuviera que adaptar bruscamente a una nueva realidad y terminara con la necesidad de ser cuidado por los demás.

Mi postura de no importunar con preguntas del pasado hizo que involuntariamente me hiciera una errónea composición de lugar de su historia. De una forma u otra, concebí que unas supuestas infidelidades con su secretaria habían producido su contagio y el transcurso de los fatídicos

acontecimientos que arrastraban trabajo y familia.

Pero cuan equivocado estaba nuevamente. La grandeza de Adaptación estaba también a punto de producirse.

Tuvieron que pasar casi 9 años. Un día recién entrado en la casa, apenas había dejado mi abrigo, no pude avanzar si quiera del rellano. Esa tarde no cambié pañales, no levanté a nadie ni di de merendar. Asistí a la eclosión de un alma, a la apertura de un espíritu, a una conversación de más de dos horas sobre su nueva realidad. Adaptación se había sincerado consigo mismo y necesitaba hacerlo público a los demás. Quizá también de reconocerse en la mirada ajena o de encontrar simplemente comprensión y reconocimiento.

Una vez más, dicho cambio de actitud era precisamente fruto del amor. Eso que, aunque viene en el diccionario, no sabemos realmente explicar y dicen que es la viva representación de Dios en la Tierra. En este caso, de un amor vivido con naturalidad y sosiego. La visita de dos amigas del pasado (L y M) haciendo pública su relación hizo brotar en su alma la necesidad de amarse a sí mismo y de darlo a conocer. Porque Adaptación, jamás en sus casi 60 años, nunca, y por supuesto a absolutamente a nadie de su entorno salvo a su madre, habló de su verdadera condición.

El Señor A empezó a amar en oculto a sus tempranos 14 años. Sin haber cumplido la mayoría de edad se encontraba ante posiblemente la mayor controversia de su vida. En pleno

franquismo, bajo el peso de una familia tradicional y tremendamente religiosa, cruzaba una línea roja de imposible retorno.

Tras su profesor de latín vinieron nuevos amigos, un chico de la universidad, un médico marroquí y el que sin duda clasifica como el amor de su vida, el Señor C, un directivo amante de la velocidad. Todos anónimos, guardados en un desván y compaginados con su transcurso vital, la de buen estudiante y modelo familiar primero, que ahora reconoce con vergüenza, y la de padre de familia y marido ejemplar después. Una vida llena de trampas y mentiras, llena de contrariedades y luchas internas, de escondidas de pasaporte. Una vida mirando de reojo la felicidad de los demás bajo las costumbres propias de una España anclada en sus convenciones sociales, y no en la suya propia, la de un hombre superado por sus circunstancias.

Pero, sobre todo, una existencia en permanente lucha para evitar su fuerte naturaleza, esa presión incontrolable que le empujaba a hacer cosas que considera, nunca debió haber hecho, o de querer a personas a las que cree, nunca debió haber querido: "Nací sin querer ser en un proceso de aceptar quien soy. Sentía vergüenza de mí mismo. No quería ser así. Como alguien que no elige su color de piel. Quería ser lo que la gente veía de mí. Quería ser formal. He sido toda mi vida juez y verdugo de mí mismo".

Un devenir donde, como el mismo clasifica, "solo sonaba la cara A del disco de vinilo, una cara que parecía maravillosa a los ojos del mundo,

disfrutona, cargada de experiencias y viajes, de eventos en los lugares más selectos de Madrid, tratando con personas importantes, montando a caballo...".

Una realidad, en definitiva, de una persona viajera y con epicentro veraniego en una conocida playa de la Costa Brava. Tenía una existencia acomodada, disfrutaba de un entorno familiar estable y, además, era el ojito derecho de unos padrinos pudientes sin hijos.

Pero un devenir, que tal día como hoy y a sus 45 años, se rompe para siempre y cambia de forma absolutamente drástica en tan solo 48 horas: "cambié la montura de un caballo por una silla de ruedas. Es como bajar bruscamente de un rascacielos".

Un ictus repentino, no asociado en principio al VIH, hizo encender todas las alarmas. Pero por el momento solo fue un aviso, una luz roja intermitente. La verdad era cuestión de tiempo.

El tocadiscos se paró y empezó a sonar la segunda parte del disco, la cara B, esa que por lo general suele ser peor. La que Adaptación no quiere escuchar y evita desesperadamente que lo haga el resto del mundo aventurando, como así sucedió, que muchos de los que decían ser sus amigos dejaran repentinamente de bailar. "Fue contagiarme del VIH y ya no tengo a nadie. Nadie me llama por teléfono para preguntar por mí. Ahora no tengo nada."

En ese momento de soledad de cama de hospital, concibiendo su nueva vida, decide pedirle a uno de

esos amigos del alma que le traiga el frasco que sentenciaría su final. Pero de qué curiosa forma se escriben los renglones torcidos de el Señor, que una vez ingeridas las pastillas se enciende una llama de salvación, un movimiento involuntario hace caer dicho frasco dejándolo a la vista de la enfermera que hacía la ronda.

Doce años de convivencia con el dolor tuvieron que pasar para que Adaptación aprendiera a disfrutar de esta nueva música y se hiciera consciente de que no iba a ser él quien eligiera las canciones. Doce años para bailar también estas melodías y reconocer que podían ser de una fiesta en lugar de un canto fúnebre.

Cuando ahondamos en el transcurso de su vida me vuelve a sorprender con otra historia. Me habla de un amor fugaz, en este caso femenino, adulto y extranjero, más amistoso que sexual, que le pidió, cuando el solo contaba 15 años, dejarla embarazada. Ella, 34 primaveras, en su cuenta atrás de maternidad, pura pólvora, con un descapotable Volkswagen pistacho, encontró en Adaptación su padre perfecto. Alguien inmaduro, posiblemente maleable, que pocos problemas le acarreará. El Señor A, en su inmadurez, desde el desconocimiento, como si de un juego se tratara, como de algo que consideró interesante, firmó un nuevo pacto de sangre. Y el milagro de la vida se produjo.

“Tengo un hijo de 42 años que nunca he conocido”. Ahora todo queda en un recuerdo de cariño, en algo que como el mismo considera, fue un bonito regalo, aunque realmente reconoce en la intimidad

de la conversación, que le gustaba más el escarabajo que la extranjera.

Es en ese momento cuando, desde mi desconocimiento, pregunto sobre una posible bisexualidad mientras recuerdo las palabras de un amigo gay de mi madre sobre su inexistencia, "La bisexualidad Agustín, al menos en mi caso, ha sido siempre una simple pantalla. "

"En mi vida he querido mucho. He querido tanto, que no me importaría volver a repetirlo. Aunque para ello cometiese efectivamente los mismos errores. Pero volviendo a vivir sensaciones como la de llegar a un aeropuerto esperando ver a la persona que quieres. Nadie puede imaginarse lo que es amar a escondidas, abrazar a alguien sin que puedas contarlo. Amar en el exilio. Eso no es vivir. El amor en silencio es el más ruidoso. Es una vida muy difícil. Y sentir ese sufrimiento tremendo cuando dicho amor se va."

Adaptación tiene en muchas ocasiones presente a su padre, sin duda una figura que le ha marcado enormemente y como todos nuestros progenitores, parte responsable de lo que somos hoy en día. Nos cuenta repetidamente su ímpetu por cubrir todas las necesidades de su familia, incluyendo su ilusión por tener un nieto. Y nos narra con sumo detalle cómo disfrutó 18 años de él, lo llevaba a todos sitios, le consentía caprichos inexplicables. Y cómo, en su lecho de muerte, utilizando sus metáforas habituales, le pidió perdón por no haberle comprendido y ayudado lo suficiente, y rogó cuidara de su madre "porque ella desconocía lo que es el cono de África".

Porque siempre les faltó esa conversación pendiente. Recuerda una ocasión, sentados en una cafetería del aeropuerto de Barcelona, ambos en silencio, donde casi estuvo a punto de brotar la sinceridad. Su padre, nervioso, no paraba de mover un café al que nunca echó azúcar, y él, mirada al suelo, sintiendo la tensión en el ambiente. "A veces es difícil ser feliz, nadie te pregunta que es lo que quieres. Te planifican una vida espectacular a los ojos del mundo, pero esa no es para ti".

Como si de un ritual de tomar el té se tratase, su vida estaba orquestada de la misma forma en la que se coloca la taza, el plato, la cuchara y hasta el azucarillo. Pero sin considerar que no era precisamente té lo que quería tomar.

A sus 12 años, en un viaje al extranjero, sus padres le adelantaron las intenciones de su futuro. Los pisos en Barcelona, las casas en el campo. Todo era perfecto. Una para cada hermano. Pero una planificación sin considerar sus verdaderos deseos.

Una existencia, por tanto, llena de agradecimiento, pero denostada por la falta de comunicación, sinceridad y comprensión. "Me faltó precisamente lo más importante. Lo que me hubiese apetecido beber. Y ahora lo he perdido todo. No tengo nada. Lo he tirado todo por la borda".

No es de extrañar por tanto que, en esa tesitura, en ese camino de dolor, tormento e incompreensión, me hablé de su fiel caballo como único confidente. "Tenía con él una estrecha

relación, me buscaba por la cuadra y me daba con el morro en la espalda cuando no lo montaba. Era el único al que le contaba las cosas mientras paseábamos por la playa. Le abrazaba en soledad. Le pedía ser algún día comprendido y querido siendo solo yo. El mar y el caballo.”

Cuando Adaptación, en un ejercicio de sinceridad, me insiste en que el mensaje del resto de nuestros amigos es más importante que el suyo, creo que está equivocado.

Enormemente desacertado, diría de hecho. Porque ha superado sus dos grande retos, el camino del amor a sí mismo, esa lucha vital nacida apenas comenzada su pubertad, y la adaptación a su situación de incapacidad.

Con detalle de cirujano me cuenta detenidamente la dureza de su llegada a la casa. Esa vida transformada en hogar de acogida. Esa compañía de personas cultas y educadas, cambiada por algunas gentes del mal vivir. Y todo impulsado por ese sacerdote amigo de la familia que les hace ver, tanto a él como a su primera y única mujer, la imposibilidad de cuidarse mutuamente. Que coordina su traslado a Madrid. Un viaje de las 5 horas más largas de su vida. Un trayecto hacia la incertidumbre, hacia la separación de su familia, hacia el abismo más profundo. O por lo menos era lo que él en su día presentía.

Sin embargo, supuso precisamente todo lo contrario, un viaje hacía el amor, la libertad y el agradecimiento. Un camino hacia perdonar a los demás y por supuesto, a sí mismo.

"Agustin, cuando llegué tenía conversaciones absolutamente aterradoras donde me contaban sus atracos y faltas, a veces involuntarias, pero en su mayoría terribles. Muchas de ellas debido a un sistema de vida equivocado. Reconozco que aquí Charles Dickens no pintaba nada. Entonces buscaba a un amigo imaginario, como hacía Anna Frank. Fue muy duro aceptar una realidad que no había sido la mía. Yo no jugaba en la calle por si me manchaba, y ellos habían vivido allí. La gran mayoría desgraciadamente ya han fallecido, pero los llevo en el corazón porque considero que ha sido tremendamente importante haberlos conocido, han dejado en mí una enseñanza brutal. Inolvidable".

Porque ahora, lo más importante, es que, parafraseando a Ángeles Caso y Pablo Neruda, su vida transcurre feliz. Vive institucionalizado. Se ha perdonado y finalmente desprendido de todo. "Ya no necesito nada. La Hermana me regaló el otro día estas zapatillas de ir por casa, unas alpargatas. Estoy encantado. No me hace falta más. Os tengo a vosotros, a mis amigos, y a las Hermanas. Hacéis que me sienta mejor persona. *Y el recuerdo dulce de mis muertos y la fortuna de haberlos tenido a mi lado*".

¡Ay, madre mía!

¡Ay, madre mía! nunca me abrió su alma, y aunque quisiera, nunca podría al ser incapaz de articular una palabra tras otra. Se limita a decir constantemente, en tono desorientado ¡Ay, madre mía!, y a sonreírme cuando me ve, darme la mano efusivamente y apretarla en su pecho.

Veo el agradecimiento en su rostro. Pero no por los servicios prestados, no por los pañales cambiados, puesto que, ¡Ay, madre mía! se vale prácticamente de sus propios medios, sino por el cariño recibido de una persona que presumo, poco ha tenido en su vida.

De las cosas que sé es que el Señor ¡Ay, madre mía! no siente ni frío ni calor. Estuvo seis años viviendo en la calle, a la intemperie, sometido a los cambios de temperatura propios de nuestro clima. Dicha situación le hizo perder ese termómetro interior inherente a cualquier ser humano. A veces, un frío día de invierno se le ve poco abrigado. Y a veces, un caluroso día de verano, en exceso.

También sé que tiene una hermana. Un día hablé con ella por teléfono antes de pasárselo. Pero como era de esperar, fue del todo imposible la comunicación.

Eso sí, le gusta mucho jugar al dominó. Y además es bastante bueno. Recuerdo una tarde en la que Bondad y yo no pudimos ganarle ni una sola partida. Curiosamente es ágil de mente para estos menesteres.

De vez en cuando hace amago de mantener una conversación. Aunque es lógicamente inentendible. El otro día cuando llegué, como un niño travieso, me enseñó presto y veloz la herida que tenía en la cara tras una caída. Afortunadamente, no era nada grave. Pero quise continuar el intento de explicación que con un esfuerzo titánico estaba realizando al compás de "elo" en alusión al suelo, "aída" a caída y "ado" a mojado.

En ocasiones es una persona algo rencorosilla. Cuando hay una semana, que por algún motivo, no he podido acudir a la casa, siempre encuentro a la vuelta una cara compungida o un gesto de reproche. Hubo un día, que hasta le negó el saludo a una voluntaria que, por motivos personales, no pudo venir durante meses.

Es en ese preciso momento cuando rememoro el consejo de mi mujer antes de hacerme voluntario: "si vas a ir, comprométete". Porque la realidad es que, una vez entrado en sus vidas, una vez que eres aceptado, es doloroso desaparecer. He observado como ellos mismos ocasionalmente han expulsado a voluntarios haciéndoles sentir incómodos o externalizando su rechazo.

Así es ¡Ay, madre mía!, un hombre misterioso probablemente maltratado e incapaz de expresarse con palabras. Pero cuyos gestos y miradas hablan por sí solos.

Perico de los Palotes

¿Y qué nombre te pongo a ti? El que tú quieras, yo qué sé, Perico de los Palotes, por ejemplo.

“Nací el 11 de noviembre de 1971. En el año 1975. ya tenía cuatro añitos. Después de una fuerte discusión de mis padres, mi madre decide llevarnos a mis hermanos y a mí a vivir al Puente de los Franceses en Madrid.

En 1977, Vicente, mi hermano mayor, entra por primera vez en prisión. No se enderezaba, y cada dos por tres entraba de nuevo. Le iban cambiando de prisión en prisión. Como tenía varios hermanos en la cárcel, yo solía ganar dinero para ayudar a mi madre y vendía pañuelos a escondidas, porque si no, mi padre le pegaba.

En 1982 mi padre adquiere un terreno para hacer una casa con el objetivo de tener un sitio donde ir al salir de la cárcel. En aquellas fechas, yo no tenía mucho contacto con El Señor. En 1983, mi madre decide llevarnos a mi hermana y a mí a casa de mi cuñada. Nada más llegar me encontré con su hermana, que no paraba de buscarme, hasta que me encontró. Yo tenía por aquel entonces 12 añitos. Al año siguiente, mi madre me llevó a la Iglesia y me apuntó en la parroquia a catequesis. Yo carecía de todo tipo de formación religiosa pero empecé a sentir algo distinto. Ese algo diferente era Cristo, aunque yo no lo sabía en aquel entonces o no era capaz de verlo.

En 1986 empecé a trabajar en Viena Capellanes a la vez que estudiaba electrónica en la parroquia. También me fui de campamento a Cádiz, Lisboa, Granada y Córdoba. En esos años la situación en casa seguía siendo muy complicada. En 1992, con 17 años, comencé a trabajar en la construcción para poder ayudar en mi casa. Aquí comienza un año en La Coruña de desenfreno total. En el año 1993, con 23 años, toqué fondo y entré en REMAR (Ayuda a familias desestructuradas principalmente por causas de la exclusión social, la crisis económica, las adicciones, la delincuencia, el desamparo y la violencia). Estuve un año allí donde me hablaban de Dios y pude conocer a una chica. Aunque estaba casada, quería tener hijos pero como yo no quería lo terminamos dejando.

En 1996 conocí a Mónica, la madre de mi hija, y en cinco meses quedó embarazada. Llamamos a nuestra hija también Monica, como su madre. Nació en 1997 y los tres nos mudamos a Vallecas donde estuvimos tres años viviendo juntos.

En 1998 murió el hermano de Monica, mi cuñado, y empecé a discutir mucho con ella. Estaba más tiempo en el trabajo que en casa. En 1999 una chica me invitó a comer en el bar y me la llevé a casa. Aunque Monica no se enteró, me sentía sucio delante de mi hija. En el trabajo empezamos a construir una iglesia, y ahí conocí a Vanesa. En ese momento ella tenía 17 años. Con Vanesa tuvimos a Sergio.

Antes de que naciera yo trabajaba en la Manga del Mar Menor, en Murcia. Cuando lo tuvimos ella ya tenía 18 años y me pidió que nos fuéramos a vivir

juntos a Madrid. Yo seguía trabajando en la Manga y Vanesa vino con Sergio en vacaciones a vivir conmigo. En ese momento yo consumía drogas y cuando me dijo que estaba embarazada le dije que abortara. Gracias a Dios que no me hizo caso. Entonces empecé a trabajar en seguridad privada.

En 2001 seguía consumiendo más y más drogas. Estaba en la calle, gastaba todo lo que ganaba en drogas, así que también empecé a limpiar cristales en los semáforos para pagarme el viaje al trabajo. A los nueve meses me echaron y me separé de Vanesa y de mi hijo Sergio, al que veía cada tanto.

Mientras tanto vivía en el albergue de San Isidro y era voluntario de la Cruz Roja. Con las drogas iba y venía. En 2004 entré en prisión en Soto del Real por una falsa acusación de robo y perdí el contacto con mi hijo. Con mi hija desgraciadamente ya no lo tenía.

Estuve ocho meses hasta que en el juicio probaron que era inocente. No pedí al juez indemnización alguna, solo que me dejaran en paz. Mi gran dolor era haber perdido contacto con mi hijo. Después tuve un par de novias y seguía de voluntario en Cruz Roja. En 2005 me volví a encontrar con Virginia y volví a vivir con ella muy feliz. Ella era bipolar y sufría mucho. Empezamos a ir juntos a la iglesia, pero con su enfermedad era muy difícil porque se ponía muy agresiva. Seguimos así hasta el 2021. Entre medias se quedó embarazada, pero lo perdió y no se pudo recuperar.

En 2011 me dio un ictus y Virginia me cuidó día y noche durante un mes, aguantando mis cambios

de humor. Ella me impulsaba a hacer las cosas solo y a valerme por mí mismo. Pero yo me enfadaba y decía que no podía. Un día, Virginia me miró a los ojos y me dijo: tú puedes, vales mucho. Y empecé a mejorar y a cambiar mis malos hábitos.

Más tarde, en 2015, comencé a trabajar en Tecnocasa, sin contrato, durante 11 horas al día. Estuve cinco años. En ese momento empezó el cambio a mejor de Virginia y buscaba bancos de comida en las iglesias para ayudar a los más necesitados. También empezó de voluntaria en la Cruz Roja conmigo hasta el 2021.

A veces en casa seguía habiendopeleas, y un día me la encontré muy mal, con las venas cortadas. Despuse de ir al médico la ingresaron en un psiquiátrico una semana. Cuando regresamos a casa, todo volvió a la normalidad.

En 2020 llegó el COVID y seguíamos de voluntarios en el Clínico, mientras ambos continuábamos juntos en casa. En 2022 Virginia estaba muy triste, apenas comía. Un día, estando ella en casa, llegué y no me dejó entrar porque estaba con otro hombre. Esa noche me quedé durmiendo en el descansillo del portal. Al día siguiente estaba en la calle, y durmiendo en un banco me caí y me di un golpe muy fuerte en la cabeza. Perdí el conocimiento y me desperté en el Clínico rodeado de médicos. Uno de los doctores, que me conocía, me dijo que había tocado fondo y que habían llamado a una casa que me acogería. Yo le pregunté confuso y enfadado ¿qué casa? De repente, aparecieron dos monjas que yo nunca había visto antes, las Misioneras de la Caridad, y

sentí un amor gratuito muy intenso. Una de ellas me regaló un rosario y me dijo que íbamos a preparar mi cama.

Al día siguiente llegué a la casa. Era septiembre del año 2022. Todo me aburría, el rosario, la misa, no veía sentido a estar aquí. Entonces un día apareció una voluntaria, a la que habían dicho que yo quería tener catequesis. Empezó a venir todos los viernes durante una hora y me enseñaba muchas virtudes y valores, la fe, el amor desinteresado. Hablamos de todo, de mis dudas, de nuestras vidas. He podido ver como los voluntarios son la luz y la sal del mundo. En cada hermana, cada voluntario y todas las circunstancias que ha ido poniendo El Señor en mi vida estos años, he podido ver el reflejo del amor de Dios.

El 29 de diciembre de 2022 recibí el bautismo y mi primera comunión. Sentí la certeza de que soy hijo de Dios. Sin Jesús y sin María ¿que soy? nada. Sin ellos no soy y no puedo nada.

En octubre del 2023 fui por primera vez a Lourdes a visitar y conocer a la Virgen María. La historia de Santa Bernadette me impresionó y me gustó mucho. Aquí se viene a vivir con fe y a abrir el corazón.

El fin de semana del 26 de enero de 2024 hice Emaús. Cuando llegué vi y sentí un calor especial de toda la gente. En Emaús me conocí mucho más interiormente y experimenté como Dios vive y obra en mí, y así, en lo más profundo de mi corazón, lo descubrí a Él y le conocí más para

amarle más. También experimenté la infinita misericordia de El Señor.

Y esta es la historia que Dios ha escrito con mi vida y que sigue escribiendo. Yo tan solo soy un lápiz en sus manos, como dijo Santa Teresa de Calcuta."

D de Debilidad

Nuestro amigo D era otro claro ejemplo de oportunidades desperdiciadas.

Ingeniero de Telecomunicaciones de formación, fue expatriado por su empresa a Chile y Argentina donde transcurrió la mayor parte de su carrera profesional. Y donde hizo amistades de perdición, como aseguraba, hasta con el propio Maradona, junto con el que compartió infinidad de momentos estelares de más de dos rombos que por respeto y pudor, no quedarán grabadas en las presentes páginas.

Cuando Debilidad entró en la casa ya se movía en silla de ruedas con relativa facilidad. Pesaría por aquel entonces unos 40 kgs. Muy delgado, con la cara demacrada, barba perpetua, conservaba todavía una inteligencia supina y una considerable rapidez mental.

A dicha salud psicológica se le sumaba una cierta inquietud que le obligaba a estar en constante movimiento. No era rara la ocasión en la que se le veía yendo y viniendo por el pasillo, probablemente sin ningún rumbo, o simplemente bajo un nimio pretexto que justificase su traslado.

Nunca dormía siesta, y como según el resto de amigos "tenía bastante dinero", consecuencia, presumo, de una pensión laboral, se solía dar ciertos caprichos que para el resto eran impensables. "¿Me vas a comprar una Coca Cola?",

me pedía con ojos de gato hambriento casi todos los días.

Incluso empezó a hacer maquetas de barcos casi de forma compulsiva. Bastante bonitas, por cierto. Juan Sebastián El Cano, Barco Albatros... todas ellas realizadas con un cuidado extremo, con sus delicados y delgados dedos, en el cuarto de la plancha que hace las veces de gimnasio.

Allí fue donde precisamente Debilidad me abrió su corazón. Por las tardes, mientras doblaba la ropa antes de la merienda, el Señor D empezó a narrarme con sumo detalle sus periplos americanos y una vida entregada al consumo y las *femmes fatales*. Una existencia desenfundada centrada en el vacío y el abismo.

Una de dichas tardes, lleno de orgullo, me pidió que le hiciera una foto con una de sus maquetas terminadas, y le escribiese y enviase una carta a su madre que cumplía 100 años de dolor. Así lo hice lógicamente. La foto la continúo teniendo guardada en el móvil con cariño, y el texto, aunque no recuerdo el conjunto del mismo, si al menos una de las partes que más me llamó la atención y decía: "Mamá, con las cosas tan malas que hecho en mi vida, mira las cosas buenas que hago ahora".

Un día llegué a la casa y Debilidad ya no estaba. No sé si porque las Hermanas habían averiguado que, al parecer, no cumplía ciertas normas, o por lo que más tarde me pareció escuchar, su alma no pudo soportarlo más.

En alguna ocasión ya me había dejado entrever la insignificancia de su vida actual. El caso es que sea

como fuere, Debilidad se mudó a una de las barriadas más peligrosas de Madrid y centro del consumo de drogas de la capital. Se fue como una ballena a morir a la orilla. Como Nicolas Cage en "Living la Vegas", a inmolarse, a destruirse para siempre.

Un espíritu que no soportaba más el peso de su existencia. Que había decidido retornar, si es que algún día lo superó, a lo más profundo de su debilidad. Al abismo que lo había traído a su actual situación.

Y no tardó mucho en desaparecer. Sus 40 kgs. se lo permitieron. Lo próximo que supe es que se había marchado con el Señor.

A de admiración

Yo quería mucho a Admiración.

Podría incluso decir que tenía una relación especial con él. Algunos días me daba cuenta con horror que le había dedicado gran parte de mi tiempo en detrimento del resto.

Admiración también iba de forma permanente en silla de ruedas. Pero se movía con bastante torpeza. Muy delgado al igual que muchos otros, mantenía el pelo rizado siempre despeinado y tenía cara de pillo. Conservaba colgado al hombro una bandolera en la que guardaba pilas, una radio, auriculares, y sobre todo caramelos, que solía estar comiendo casi de forma permanente.

Además, llevaba siempre, a modo de amuleto, el libro "Lary, el tesón de una sirena", escrito por Lary León y Javier Bergado. Una historia de superación como pocas bajo el lema de: "la necesidad, la falta de algo, es lo que empuja, lo que mueve el mundo".

El Señor A, a pesar de tener la apariencia de una persona introvertida, poseía un gran sentido del humor y una conversación muy interesante. Al igual que otros muchos, no se había perdonado a sí mismo el dolor provocado a sus seres queridos, especialmente a su madre. No eran raras las conversaciones en las que me hablaba de ella y de los disgustos que le había hecho pasar. Ni raros los momentos en que me repetía que cuidase mucho de las personas que tenía a mi alrededor.

A pesar de dicho tormento interno, no le faltaban ganas de reírse de sí mismo y de contar sus fechorías pasadas, alguna centradas en la apropiación de bienes ajenos, sobre todo de entidades bancarias. Y como era de esperar, la gran mayoría fallidas y dignas del mejor guion cinematográfico, donde conjugaban falta de profesionalidad e ideas absolutamente rocambolescas. Lo que se conoce vulgarmente como una banda de ladrones de poca monta con un toque “cañí”.

En relación a su amuleto máspreciado, tuve la oportunidad de conocer a Lary León un sábado de febrero en que llevé a nuestros amigos a visitar la radio.

Lary era una bella mujer por dentro y por fuera que había nacido sin brazos y con una sola pierna. ¡Y que además era voluntaria! No le bastaba con lidiar con su día a día cotidiano, también sacaba tiempo para cuidar a los demás. Una historia de superación como pocas que servía de faro para todos y en especial, a nuestros amigos de la casa.

En el transcurso de dicha visita, llegando a los estudios, nos encontramos con Paula Vázquez que venía de promocionar su próximo programa de “Supervivientes”. Ante la sorpresa de todos, Lary y Paula se saludaron cariñosamente y se pusieron al día de sus vidas.

Era evidente que dicha mujer excepcional tenía o había tenido alguna relación con el sector de la comunicación. En esta ocasión no iba desencaminado. Había estudiado periodismo y

trabajado, al menos, como locutora y redactora en una de las emisoras de nuestra Cadena. Y por aquel entonces creo que colaboraba con la Fundación Atresmedia.

Durante los 30 minutos que pude estar dando detalles generales del funcionamiento de una emisora de radio, jamás mencionó ni dejó caer comentario alguno en relación a su conocimiento del medio o su pasada vinculación. La vivió como una "turista" más. Qué sencillez, qué humildad, qué falta de necesidad de estar en primer plano o ser el centro de atención.

Meses más tarde, en una conversación con un compañero de trabajo, me habló de que efectivamente había trabajado en su emisora y me contó maravillas sobre su profesionalidad y autonomía.

Por gestos como estos y otros muchos, Lary se había convertido para Admiración en su mayor referente de vida y superación. La quería con auténtica locura, me hablaba constantemente de ella. Me ponía al día sobre su vida "que si Lary había venido, que si hacía tiempo que no venía...", y hasta me dejó su preciado libro para que lo leyera. Lo último que supe de ella con tremenda sorpresa, es que había adoptado a dos niños en el extranjero. No salía de mi asombro. Eso sí que era fuerza y un ejemplo de superación y generosidad para todos.

Durante los meses de confinamiento las Hermanas no nos dejaban lógicamente acudir a la casa. Fue a mi retorno, cuando comprobé con tristeza que

Admiración ya no estaba. Su débil salud no le permitió superarlo.

Me entristeció igualmente conocer que su hermano y compañero de fechorías, miembro de la antigua banda, también había fallecido repentinamente en Bilbao. Al parecer, se clavó un metal en el pie derecho en la fábrica donde trabajaba y cogió el tétanos. Así de fácil y sencillo se acaba en ocasiones una vida.

Descansen ambos en Paz.

T de testimonio

A corazón abierto

"Me llamo Señor T y tengo en la actualidad 51 años, o sea que nací en 1963. Vivo con mi madre, que apenas oye nada, y que tiene 84 años.

Salí al encuentro de mi café de cada día y no sé por qué, ese día me sentía más sensible que otras veces, o quizás fuera por el humo del cigarro que había dentro que producía el efecto de un espejo. La cosa es que vi reflejado en él a un hombre desgarrado con un bastón como cetro, un bigote de antifaz y un chándal como su traje. Aunque tardé en reaccionar, me di cuenta de que era yo y que apenas me había reconocido y me pregunté:

¿Tanto daño me había hecho a mí mismo para que me encontrara en ese cuerpo deteriorado por las pastillas que ahora tomaba?

Yo solo busqué, como todos, ser feliz y creí que, riéndome del amor, de las normas establecidas y de una sociedad que había sido injusta con mi destino, lo conseguiría. Hoy son ellos los que se burlan de mí, es el precio que he de pagar por mi osadía y lo acepto por eso.

Un día, sin saber por qué, entré al culto y me encontré de rodillas pidiéndole al Dios que le había dejado de lado mucho tiempo, que me ayudara a mí y a los enfermos como yo. De repente, se me puso la carne de gallina y sentí que Dios me doblegaba con lo grande que yo era y lo mal que había hecho las cosas.

Seguí buscando en otras iglesias las respuestas de aquella experiencia y acabé hablando con el sacerdote de la parroquia de mi barrio en la que empecé en su jardín a fumar.

El sacerdote un día me ofreció confesarme, yo le dije que mi vida era más para escribir un libro que para una confesión por el carrete que tenía. Bueno, pues tenemos tiempo, me dijo, y si soy sincero lo necesitaba por lo dicho antes y además que me encuentro libre de la adicción a las drogas que me han acompañado gran parte de mi vida y la lucidez de hoy me hace hacer balance, aunque mi cuerpo no me acompañe.

Nací en un barrio de Madrid que, ni recuerdo, y a los pocos meses mis padres recibieron unas tierras de mi abuela materna que fueron expropiadas por el Estado en el paseo de Extremadura para zona verde y en compensación le dieron una casa baja en una barriada en Pan Bendito, en el barrio de Carabanchel, donde he vivido hasta el día de hoy.

Mi niñez la recuerdo junto a mis ocho hermanos y mis padres. Mi madre nos cuidaba y trabajaba esporádicamente atendiendo a una señora del barrio que tenía un comercio de alimentación, por lo que además del dinero que le diera también nos daba alimentos. Aún recuerdo ese aceite de oliva y leche condensada que nos encantaba a todos. Mi padre trabajaba de oficial albañil haciendo pisos, muchos de ellos en el mismo barrio donde crecí. Recuerdo que mi padre participó en la demolición de las casas bajas del barrio para la construcción de los edificios que existen en la actualidad y como dije antes, donde vivo yo ahora.

En mi infancia, el barrio nada tiene que ver con lo que hoy existe. Entonces eran multitud de casas bajas, una tras de otra a lo largo de un camino donde nos habían realojado, a unos de las expropiaciones para las nuevas carreteras o zonas verdes de una gran ciudad en crecimiento, como era nuestro caso, a otros que venían del pueblo a buscarse la vida en la gran ciudad y unos años más adelante, a familias que trajeron del barrio de la uva de Fuencarral y de Orcasitas. Allí nos mezclábamos todos en ese inmenso camino de casas bajas, como me parecía a mi entonces, a jugar y hacer vida como en un pueblo prefabricado de los años sesenta.

De mi infancia tengo solo unos vagos recuerdos y entre ellos comenzar el colegio de la mano de mi madre que me decía "no he aprendido yo, pero tú aprende" y como yo no quería ir, me daba con una goma de gas pequeños latigazos en el culo que me dolían una barbaridad y así, llorando, me arrastraba hasta el colegio del Barrio.

Recuerdo también que no se me daban nada bien los estudios y las que menos las matemáticas y lengua, sobre todo no me gustaban los maestros de estas asignaturas que, como no me entraban por la mente, me hacían poner las yemas de los dedos estiradas y con la regla me daban, ¡que dolor!

Entre mis compañeros de colegio estaban los hermanos Egea y Paco, el primero de ellos fue campeón de Europa de Judo. Él dijo más tarde que aprendió a luchar a base de pelearse.

Tenía un amigo que era tartaja, se llamaba Tomás, y en los recreos, cuando me daba el hambre que me daba, le cogía del hombro y nos acercábamos a los compañeros que estaban comiendo bollos y le decía que le dijera algo, y como no dejaba de salivar cuando hablaba hacía que acabaran tirando el bollo, momento que aprovechaba yo, que tenía pocos escrúpulos, para cogérselo y comérmelo.

A veces, cuando salía del colegio, me iba a un parque cercano de aquí y buscaba unas piedras que se llamaban *carburo*, que al echarlas al agua esta se cocía. Aún hoy no sé qué producía esa piedra, pero lo cierto es que a mí me gustaba hacer eso, era como mágico.

Salía también mucho con mi hermano B, con el que me llevaba tan solo un año de diferencia. Hacíamos de todo, jugábamos e incluso hacíamos pellas juntos en el colegio. Pero la diferencia era que a él se le daban bien los estudios y aprobaba y yo suspendía, lo que me hizo repetir curso y que mi madre se enfadara conmigo, me pegaba y me decía “tú no escarmientas y sigues vagueando”.

Aunque a mí lo que me gustaba era ir a dar con mi abuela de comer a los pollos que ella tenía, de la comida que encontrábamos en la basura.

De mi padre recuerdo que era un buen hombre, pero se gastaba todo el jornal en bebida y se dedicaba en los bares a invitar a todo el que se acercaba a él.

Poco a poco fui pasando la infancia como el típico niño inquieto que vivió rápido en la época de los

años sesenta y comienzos de los setenta de un barrio difícil de las afueras de Madrid.

Otra cosa es mi adolescencia y juventud, ya que quise vivir a tope lo que la vida me ofrecía. Así alimenté cosas de las que ahora quizás muchas cambiaría y me llené de adicciones creyendo que, si mi cuerpo podía, mi mente lo soportaría. Fui dejando lo bueno y escogiendo lo malo. Si quiero ser sincero conmigo mismo, ahora que me he sincerado con mi biógrafo, no sé muy bien el porqué de estas decisiones, o quizás solo sea por ser las decisiones más fáciles, qué más da, la vida no la puedo ya cambiar tan solo aceptarla y tirar para adelante.

Yo vivía con mis padres y al lado nuestro mi abuela sola, así que comenzó a vivir con mi primo hermano que primero vivió con nosotros, pero que se quedó a cuidarla y vivir con ella. Esta relación creo que con el tiempo me afectó más de lo que en aquel momento podía sospechar, él, que fumaba Winston Americano, y a mí que me parecía estupendo ese aroma. Un día, sin que él se diera cuenta, le quité un cigarro, yo contaba entonces con 11 años de edad, y detrás de la iglesia, en el callejón cercano, comencé la adicción que aún tengo, que abrió la caja de Pandora.

Recuerdo que el paso siguiente fue buscar cigarros de donde fuese, buscar colillas largas que estaban en el suelo y especialmente aquellos cigarros que los de mi generación recordarán, Calavera, Bisontes, Celtas cortos, el Lola o el More largo cuando conseguíamos dinero, que era lo máximo que aspirábamos fumar.

A los quince años, como no valía para estudiar, mi madre me metió a trabajar en una frutería del barrio, que aún existe. En aquella época, claro estaba con esa edad, no me hicieron ni seguro. Recuerdo que me levantaba a las 6 de la mañana a colocar la fruta en la calle y allí me pasé cinco años pasando frío y otros tres años con el mismo jefe en una frutería del barrio de Urgel, en Madrid.

Recuerdo también que trabajábamos con cinco chicas, el tío del jefe y dos chicos más entre los que me encontraba yo. A mí me ponían con el tío del jefe que no hacía más que meterse las monedas de 50 pesetas en las botas.

El jefe recuerdo que me decía muchos viernes “vente niño conmigo”, y yo le decía ¿dónde? a divertimos y escuchar música, me replicaba. Así comencé a los dieciséis a conocer el principio de la noche madrileña, además de que me salía todo gratis, ya que, o me invitaba él, o le invitaban a él.

La primera vez que empecé a fumar canutos estaba ya trabajando en la frutería y me dio un sueño que al poco se convirtió en una risa que me enganchó.

Si tuviera que hablar de mi primera experiencia amorosa también la tengo que asociar a aquel trabajo, y si he de ser sincero, ella fue la que me empujó, y un chico a esas edades está predispuesto a todo lo que le propongan.

Un día en la frutería oí un enorme alboroto que me sobresaltó. Al acercarme estaban mis compañeras en la puerta del baño, y al preguntarles que pasaba me dijeron que estaba la mujer del jefe dentro, que

pasara que estaba a punto de hacer una locura. Así que entré y me la encontré llorando con una botella de Coca-Cola rota. Le pregunté que le pasaba y me dijo que se iba a quitar la vida, le animé a que no lo hiciese y me dijo que se había acabado la relación con su marido, después de muchas palabras de consuelo y con la adrenalina de tal suceso, lo que recuerdo es que acabé liándome con ella, bueno como dije antes, fue ella la que acabó liándose conmigo y me abrió la puerta de la sexualidad. Ella tendría 37 años, y yo ni los 17 cumplidos, pero se encaprichó de mí y estuvimos varios años liados. Ella misma me compraba las chinas para fumarme los canutos.

Con lo que, ni tenía los diecisiete y ya fumaba de todo, trabajaba, iba con mi jefe de juerga y tenía una amante, así me creía que me comía el mundo. Comencé a sisar en la frutería y con lo que conseguí guardar, que todavía recuerdo que lo dejaba en una varilla de la cortina de casa, me compré la moto con la que llevaba a la jefa a pasear.

Después de la moto me compré un coche que aún sin carnet conducía, un "2300 Lada rojo" que fardaba yo y con el que las mujeres me comían ya que en aquella época tener un coche era lo más.

Recuerdo que en aquella época me lie con una chica de color con la que estuve un año, aunque si soy sincero nunca fui nada fiel a ninguna mujer, como ellas tampoco lo fueron conmigo. Recuerdo que la dejé en el momento que me pegó una infección en los genitales que no me dejaba orinar, pues me dolía al ir al baño.

Los fines de semana trabajaba de portero de discoteca en Leganés al lado de los cuarteles, los soldados lo destruían todo, como también lidiar con los que allí iban a emborracharse.

En aquel ambiente que me movía, la droga dura circulaba como el agua y ahí es donde muchos amigos y conocidos de mi generación partieron al cielo sin mí. La heroína era la gran desconocida y a la vez la gran amiga de muchos de mi generación.

Empecé a llevar un collar de esos que se pusieron de moda de huesos, con las zapatillas de marca "Yuma" e iba yo como un pincel, además de que me compré un perro que le llamé más tarde Canuto, con el que jugaba todo el barrio ya que era un perro muy aparente. Pastor Alemán de pelo negro precioso, al que por cierto quise tanto como a un hermano.

Tanto quise a aquel perro, que como en mi casa no lo podíamos tener, le compré un Renault 4 por 20.000 pesetas aproximadamente, que por cierto el coche olía fatal ya que cuando se puso malo se hizo sus necesidades dentro, así que lo metí con los galgos de mi primo que se comían toda la comida que les echaban y aunque perdió muchos kilos al principio tuvo que aprender a sobrevivir, como yo he hecho.

Entre las juergas que hacíamos mis amigos, una de las que nos habituamos hacer eran pequeños hurtos, cosa que estaban de moda en mi ambiente. En una de estas me pillaron y me pusieron una multa de dinero que no pude pagar, por lo que tuve

que volver a delinquir para pagar al juez y me salió bien y continué con ello.

Ahora con el tiempo reflexionando, creo que hubiera preferido que me hubieran llevado a la cárcel y no tendría que haber seguido robando y me hubieran apartado de ese mundo que me estaba llevando a la perdición.

Otra de las puertas de las adicciones a las que llamé de aquella época fue la del juego. Uno de ellos era la conocida como "La Mota", que aún ahora se juega en el barrio, además también me aficioné a las cartas. Recuerdo que jugábamos a "El Cane", donde cogíamos piojos, ya que se jugaba en el suelo y agachábamos todos la cabeza y éstos iban de una cabeza a otra. Recuerdo que el vicio se hizo tal que me jugaba hasta lo que ganaba en la frutería, consecuencia, que ganaba, o perdía, y acababa mosqueándome con alguien.

Con todo este caldo de cultivo que acabo de contar estaba a punto de explotar y faltaría cualquier detonante para que así fuese.

Pero antes de que pasara esto, a los 19 años solía ir a una discoteca que se llamaba "Cursal" en Caño Roto. Iba con un amigo íntimo, nos gustaba ir allí a ligar e íbamos o bien en mi coche, un "Simca 1000", o en su coche un "Dodger" grande, con asientos de piel con el que las chicas nos comían, entraban por un asiento y salían por el otro como de procesión.... Bueno quizás exagero un poco, pero a lo que voy, en una de estas me fijé especialmente en una chica que parecía diferente a las demás, y cuanto más hablaba con ella más me iba enamorando. Además

de que físicamente era muy mona, bajita, dulce, me hacía sentirme bueno, especial.

Estuvimos un tiempo hablando sin que nada pasara entre nosotros. Recuerdo que ella odiaba las drogas ya que sospechaba que su hermana Rosi, que era una preciosa morena con el pelo negro, tomaba drogas y así era, se enganchó, además a las drogas duras, se metía por las venas heroína. Lo pasó muy mal con ella por este tema. Más adelante murió de una enfermedad que nadie sabía que era y tuvimos que ver, en el proceso de su degradación física y personal, también morir a su hija de esa misma enfermedad.

Recuerdo que yo mismo lo pasé y aún lo paso mal solo con recordar la muerte de aquella pequeña sobrina a los dos meses de vida. El roce que tuvimos con ella, ese pequeño tiempo, hizo que la quisiéramos mucho, fue como un Ángel y sacó los sentimientos más nobles de mí. Lloré y lloro aún su marcha y dice mi biógrafo que está en el cielo, eso espero pues que un ser tan frágil e inocente muriera por el pecado de los padres tiene que estar en compensación disfrutando en algún sitio lo que no pudo disfrutar aquí.

Luego con el tiempo aquella enfermedad le dieron el nombre del síndrome de inmunodeficiencia adquirida, o sea SIDA, razón por la cual muchos de mis amigos, familiares y jóvenes de aquella generación perdieron la vida o quedamos marcados con ella de por vida.

En esta época nos unimos mucho mi novia y yo, más allá de la belleza de uno o de otro, así que al

poco tiempo decidimos compartir la vida y nos fuimos a vivir a casa de sus padres en el barrio de Caño Roto en Madrid.

Por entonces me llamaron a filas y nos enteramos de que ella estaba embarazada de mi primera hija, S, y pensé que me libraría de la mili por ser padre. Pero no sirvió para nada, pues me midieron aquí en Madrid en primer lugar y me destinaron a la Isla de Tenerife en Canarias, destino que no me gustó nada ya que miré en el mapa y vi que allí había mucha agua y yo no sabía nadar, y solo pensar que me mandarían a la Marina me daba de todo. La cosa ya empezó mal.

En mi decisión de librarme de la mili a toda costa se me ocurrió que, si en el reconocimiento vieran que era drogadicto, me libraría, como les había pasado a algunos amigos míos, por lo que ni corto ni perezoso opté por pincharme y meterme heroína semanas antes de la fecha de entrar en el cuartel, cosa que antes no había hecho nunca, solo la había fumado.

Me citaron en los cuarteles de Campamento en Aluche y allí pasé la primera noche. Íbamos todos con unos pelos que poco nos durarían. A la mañana siguiente nos llevaron en un camión militar a la base de Cuatro Vientos y desde ahí en un Hércules, un avión militar, nos llevaron a nuestro destino para hacer la instrucción militar.

Al caer la tarde llegamos al cuartel que estaba en una isla y nada más llegar con el calor y la humedad que allí hacía nos pusieron en filas de un brazo de

distancia de cada uno a otro y un perro nos olfateaba a todos por si alguno llevaba droga.

En el cuartel pensé que me mandarían a casa por drogadicto, pero ellos que eran más listos que yo me dejaron en reposo durante un mes y al írseme de la sangre la droga, se dieron cuenta que no me pichaba habitualmente y me devolvieron a los barracones.

Después de cortarme el pelo me dieron la vestimenta militar, y a los pocos días me salió un herpes en la cintura, que yo creí que era del uniforme, así que volví a pensar que me libraba. Me llevaron entonces al hospital militar que lo llevaban las monjas allí destinadas y después de curarme las heridas que dolían a rabiar, a los dos meses me volvieron a mandar de nuevo a los dichosos barracones.

Mi trabajo allí fue servir con otros compañeros la comida a los mandos, hasta que jurara bandera, cosa que aprovechaba entre viaje y viaje con la bandeja de la comida para comerme los buenos manjares que les ponían, como huevos rellenos, chuletitas calentitas y todo tipo de fritos estupendos. Así que el rancho que nos daban a los soldados era solo un aperitivo, ya que comía de los mandos, sin que ellos se enteraran.

Uno de los mandos me llamó un día a su despacho y me dijo que era hora de jurar bandera, o bien la Juraba en Tenerife o en el mismo patio de armas en privado.

Yo me negué en rotundo, ya que le pregunté ¿qué había hecho la patria por mí?, y no me hizo ni caso

y me obligaba a decidirme por una de las dos formas. Salí de su despacho cabreadísimo y me junté con un sevillano que se llamaba Fali, de mi compañía, con el que nos fumamos unos porros y unas cervezas.

Al poco de esto me dieron la noticia del nacimiento de mi hija S que me hizo que se me saltaran las lágrimas como a un crío, así que decidí que tenía que irme a casa como fuera a conocer a mi hija y entonces me fui a pedir permiso a los mandos. Estos me dijeron que hasta que no jurara bandera nadie podía salir de allí y que tendría que esperar.

Así que junto con el cabreo de no querer jurar bandera y con la impotencia de no poder salir de la Isla para ver a mi hija, en mi cabeza se me cruzaron los cables y me volví loco.

La cosa pasó así.

Me dieron la ropa de bonito para que viera como mis compañeros juraban bandera y me animara, pero yo insistía que me quería ir y que no quería. En esa misma semana, todos los de mi remplazo estaban destinados a los distintos lugares, yo me negué a jurar bandera y me arrestaron hasta que no lo hiciera, pero un hijo de militar enchufado de cabo llamado C, que nos mandaba a formar filas, me sacó a escondidas a su casa a comer algo y aproveché la salida del cuartel para comprar dos destornilladores y chocolate, sin que él se enterara, con la intención más tarde de fumar y delinquir con el compañero sevillano que acababa de salir de la cárcel. Así que volvimos y continué el arresto, esta vez de compañía, escondí los

destornilladores, uno se lo di al sevillano y otro lo dejé en mi taquilla, pero en esto hubo un registro porque decía un catalán de mi remplazo que le habían robado mil pesetas, cosa que después no fue verdad ya que las dejó dentro de un libro y no se acordaba. Pero a mi este olvido me perjudicó, ya que al saber que registrarían mi taquilla tuve que tirar el destornillador por la ventana. Ese día me tocaba a mi estar de cuartelero de puerta, entonces el cabo amigo mío le mandó al catalán como castigo que me sustituyera y nos llevó al sevillano y a mí detrás, donde estaba la compañía, donde nos daban el teórico. Sacó una botella de Whisky con Coca-Cola, con la que cogimos el puntillo y tras esto nos fuimos a la cantina a seguir bebiendo, pero esta vez cerveza. Al acabar allí, el Cabo se marchó y nos quedamos el sevillano y yo, aun con todo lo que había bebido, no se me iba la pena por más que bebía. Todo lo contrario, se acentuaba más la falta de no poder ir a ver a mi hija. Por aquellas tierras existía un alucinógeno típico que se llamaba "estramonio" que nadie se atrevía a tomar, pero yo con el cabreo, la impotencia, todo lo que había bebido, me atreví y con la paranoia que me produjo el estramonio decidí cortarme las venas con un trozo de cristal en los baños de la compañía para que me dejaran irme. Así que quedé con el sevillano que cuando me cortara el primer corte llamara a los mandos. Así hicimos y como estaba totalmente ido y el "Fali" estaba embolado, no atinaba a encontrar a los mandos y como estos seguían sin venir, yo continué cortándome varias veces sin profundidad los antebrazos y continué con la barriga hasta que por fin llegaron y tiraron

abajo la puerta del baño y, atándome las manos para que dejara de cortarme, me llevaron a la enfermería donde me cosieron y desde ahí en una ambulancia militar a un psiquiátrico, ya que dijo mi teniente que a este no le podemos dejar allí con los soldados de la compañía.

Ahora no puedo recordar que tiempo pasó hasta que abrí los ojos en el psiquiátrico. Solo recuerdo una voz que me resultaba familiar a la que obedecí, era la de un médico militar de Madrid que estaba destinado allí y que le conocí cuando estaba ingresado en la unidad de infecciosos, al lado de psiquiatría, por el herpes.

Recuerdo ahora, pasado el tiempo, que cuando estuve ingresado, en broma me decía él que si me cortaba las venas me libraría y eso se me quedó grabado y al escuchar su voz abrí los ojos y me dijo.

-Cabrón, si lo has hecho de verdad, ¿qué hago contigo ahora?

Entonces se me cayeron las lágrimas porque recordé el motivo por el que hice todo lo que hice con ayuda del cóctel explosivo que tomé, mi hija.

Después de esto pasé al tribunal médico y hasta que me dieran la contestación me mandaron de la 7º a la 10º compañía de infantería, y como era el que menos tiempo llevaba allí y ellos se licenciaban ese mes, me acorralaron y dijo entonces el capitán correspondiente que tuvieran cuidado conmigo porque venía de psiquiatría y era capaz de cualquier cosa si alguien me hacía alguna novatada.

Por fin, a los quince días, me llegó el informe médico, donde ponía "que padecía Esquizofrenia Paranoica y que no se me pusiera impedimento alguno para salir, no solo del cuartel si no de la Isla". Me metieron en el avión con el petate y el "pelao" que llevaba y las azafatas no dejaban de ofrecerme comida y bebidas, así que con el hambre que llevaba me iba comiendo la cena y los Larios que me ofrecían, hasta que al final me pasaron un ticket muy largo de la cuenta, pero yo no llevaba nada de dinero ya que me lo gasté en tabaco del que había tan barato, así que aún se lo debo.

Conseguí mi propósito, ni juré bandera y me mandaron para casa a conocer por fin a mi hija. Aunque ahora, pasados 30 años, si soy sincero conmigo mismo reconozco que me salió muy caro, pues como dice mi querida hermana pequeña ME, desde la mili nunca he sido el mismo. Y quizás con este escrito se esté enterando el porqué de tantos sufrimientos que ha tenido que pasar desde entonces conmigo.

Lo primero que hice fue ir a llevar el petate a casa y saludar a mis padres. Ellos me preguntaron el porqué de estar ya aquí y le tuve que contar que había sido excluido por problemas psiquiátricos, sin contarles en ese momento que tipo de problemas habían sido. Mi madre entonces frunció el ceño para expresar que no le gustaba nada que no hubiera hecho la mili como mis hermanos mayores. En esas me fui, sin dar muchos detalles, a comprobar como tenía un pequeño negocio un poco turbio que dejé en marcha antes de ir a la mili, pero se había ido al garete. Lo que más me

importaba en ese momento era ir a ver a mi hija, así que me fui a Caño Roto, y al ver a mi hija me quedé “pasmao” de cómo yo, tan joven, podía tener una cosa tan bonita como era mi hija.

La reconocí como hija en el 12 Octubre, que antes allí había un juzgado para tales efectos, pero los problemas me venían ahora pues sentía la necesidad de mantenerla económicamente y acababa de venir de la mili y, aunque me cogieron en la misma frutería, con lo que ganaba allí no podía sostener a mi nueva familia y a mis nuevos vicios.

Cuando digo nuevos me refiero a la maldita heroína que, aunque ya antes la había probado, fue en este momento cuando realmente me enganché. Tenía tantas obligaciones y tantas puertas había abierto en el pasado, que era cuestión de tiempo buscar salidas por el camino más fácil.

Las cosas que voy a contar a partir de ahora, y no van a ser todas, están en función de llevarme hasta la actualidad mostrando lo que la droga hizo en mí, que me fue robando poco a poco algo que hasta este momento todavía tenía bajo control, que es la libertad, y no la libertad física que pedí en varias ocasiones, como contaré, si no la libertad de poder optar por hacer el bien en vez del mal, la libertad al menos de amar a quien te ama, y la libertad sobre todo para poder aceptarme y quererme a mí cuando sale mi verdadero yo que siente dolor en el alma por los que he perdido por el camino, los que aparté con mis hechos u omisiones e incluso con los que aún permanecen junto a mí, y todo ese

dolor por ser especialmente sensible fue lo que quise anular, apaciguar y casi perdí.

Coincidió con que, en aquel momento comenzaba a existir un arma que parecía ser válida para tal empresa, pero tenía un precio, y este era que te devoraba a ti y a los que te rodeaban, la heroína.

Aunque por otra parte entiendo que es difícil entender, con una mente lógica y organizada, cómo es posible perder la voluntad, aquella que te hace ser responsable de tus actos. Y es que las drogas me alteraron mis estructuras internas y por tanto no eran como las de los demás, y para mí hacer el bien era lo que para todo el mundo era el mal.

Una de las grandes obligaciones que me creé era ir todos los días a ver a mi hija a Caño Roto, que me suponía media hora larga.

En poco tiempo, entre la experiencia vivida en la mili con sus secuelas correspondientes, el trabajo, y el ir a ver a mi hija todos los días, me supuso una carga económica y emocional tremenda.

Y comencé a fumar heroína, así que en una de estas que no tenía dinero, alado de la comisaria de Pan Bendito, existía un Disco Pub y allí me encontré con un chaval que conocía del barrio mayor que yo. Le vi especialmente vacilón y le pregunté que se había puesto, ya que yo estaba con lo que aún no conocía, pero que era "el mono", sudores fríos, retortijones en la tripa y malestar general e impotencia por no tener para comprar. Y fue cuando él mismo me ofreció gratis un medicamento que se llama "Sosegón", que ni

conocía los efectos que producía, solo me decía que me calmaba y me quitaba el malestar que sentía. Creo hoy por hoy que acentuado por los efectos del estramonio. A lo que vamos, me dijo que lo probara ya que con mi labia siempre ligábamos algo y así aprovechaba él la coyuntura, compramos una jeringuilla en una farmacia de guardia y me dijo que me pinchara, pero yo no me atrevía ni sabía, así que él se ofreció a pincharme.

Recuerdo que me quedé en mi coche, fuera de él, porque me estaba asfixiando dentro y aunque chispeaba me gustaba estar fuera con las manos abiertas cayéndome el agua con la sensación del frescor que me permitía respirar. Hasta que acabé vomitando y fue cuando me sentí con un bienestar que me alivió tanto que me comía el mundo sin coste alguno porque no me hacía falta bebida alguna, ni porros, solo mi cigarro, yo y mis paranoias.

Se puede decir que en este punto ya estaba totalmente enganchando a las drogas, especialmente a la heroína y el dinero que conseguía de la frutería no me llegaba para llevar el ritmo de vida que llevaba, por lo que sobre los 23 años fue cuando me fui de la frutería por una disputa con mi jefe un día que llegué tarde a trabajar, o creo que ni siquiera llegué, si eso, ese día estaba con su mujer en un pisito que tenían ellos y no fui a trabajar. Y al día siguiente es cuando me dio un ultimátum y me marché sin decir palabra y tirándole el mandil a la fruta.

Ya fue el declive de mi persona, pues viví prácticamente en la calle, delinquir era mi trabajo,

la adicción a las drogas no me permitían tomar un trabajo normal, pues cada vez tenía más mono y necesitaba más drogas.

Así que el dolor del alma me llevó a elegir las drogas, las drogas al mono, el mono a delinquir y el delinquir era cuestión de tiempo que me llevara a visitar la cárcel, ya que entrar en el mundo de las drogas en los años 80 y 90 era entrar en el infierno, y eso fue lo que viví durante 20 años de mi existencia.

La cosa graciosa fue que la primera vez que estuve en la cárcel fue por el robo de un coche y resultó que la policía, al pillarme *infraganti*, descubrió que ese mismo coche había sido robado previamente y a ese coche se le atribuían un montón de delitos, con lo que tuve que cargar yo y pasé un mes en la cárcel, pues el juez vio que necesitaba pasar el mono y me valdría ese tiempo encerrado.

Por lo que, a los 24 años, pisé por vez primera la cárcel. Recuerdo que iba con mucho miedo, me imaginaba mil historias como salían en la tele, que me robarían etc. Pero tuve la suerte de que, al llegar, conocía a gente que estaba allí, además de que al que tenía mono lo respetaban y me escudé en ellos y en mí mono para que mi persona quedara a salvo, aunque el mono me hizo pasarlo fatal, descomposición, escalofríos, sudores fríos, vómitos y una inapetencia de todo menos de los dulces. También recuerdo que allí también se conseguía droga para estimularte, aunque yo allí no la probé.

Dormía en una celda que había cuatro camas, pero solo estábamos dos, yo arriba y el otro abajo. Hacía unos meses había habido un motín y estaban todas las celdas de mi galería, al menos, con agujeros que se comunicaban todas, aquello era como las cárceles del tercer mundo.

Al mes me soltaron sin mono, más gordito y mejor cara, pero cometí un error del que me arrepiento aún hoy y es que no se me ocurrió otra cosa que irme a celebrarlo con mis amigos y lo que todo empezó con unas cervecillas, se fue agravando hasta volver de nuevo a tomar drogas. Yo creía que lo controlaría y no me volvería a enganchar, que tonto e inexperto fui, ya que cuando me quise dar cuenta estaba de nuevo enganchado.

Quince veces, me dijo el policía la última vez que me pararon en la calle, estuve en la cárcel por mi mala cabeza y sobre todo las drogas que lo hicieron posible.

De las veces que más estuve y que más años me pedían fueron 12 años.

Había unos conocidos del barrio que estábamos picados por asuntos de nuestros perros, ya que se pelearon entre ellos, y en una ocasión que me vieron desprevenido se acercaron a mí con intención de robarme el oro que llevaba y me dieron un cabezazo en la nariz y en la frente. A estas, que me salió una rabia incontrolable que me hizo sacar la navaja que llevaba y lanzarla a uno de ellos, con la mala fortuna que le di en el pecho. Pero nadie nos dimos cuenta de la gravedad, yo que chorreaba sangre de la nariz y de los ojos me senté

en la acera al lado del coche, ellos se fueron y les paró la policía y le dijeron que se habían peleado. Con esas me encontró la policía, me cacheó, me encontró dos navajas que no eran responsables del delito, pero aun así me detuvieron y me llevaron al centro de salud a curarme. Estaban también los de la reyerta, nos juntaron de nuevo y de nuevo nos íbamos a pegar, en esto que la policía me llevó contra la pared y me dieron unos porrazos que picaban lo suyo.

Total, que después de neutralizarme, nos llevaron a la comisaria para que habláramos y lo arregláramos. Ellos insistían que les diera el oro y yo para contentarles le di 1.500 pesetas. En esto, de repente, se desmayó y comenzó a sangrar por el pecho. El guardia le llevó al 12 de Octubre y ya no le volví a ver más. Al rato me llevaron al hospital para curarme las heridas. Al devolverme a la comisaria dentro del coche policial me dijeron los policías que le había matado, pero yo lo negué. Me llevaron al juzgado para acusarme formalmente de intento de asesinato con premeditación. La baza que yo tenía era que la navaja del delito nunca apareció, los forenses dijeron que no podía haber sido con las que me requisaron en el coche. Por lo que me metieron en la cárcel de Carabanchel como preventivo y al darme la celda llamada también "chavolo", sin darme cuenta, me confundí y me metí donde los presos de ETA. Se lo dije al guarda y me dijo que ya de ahí no me movía hasta que volvieran a abrir las celdas. Allí pasé la tarde con ellos y me invitaron a café y me dieron unos ducados. Eran cuatro camas y cuatro eran ellos que hablan en vasco, y yo sentado en una silla

como un pardillo, y fue cuando me di cuenta de que eran etarras.

Fue uno de ellos el que me dijo que me pedían 12 de años de cárcel como mínimo y se me quitó el mono de pensar en la ruina que me había caído.

Allí estuve 6 meses preso en preventivo y como la fianza era un millón de pesetas me quedé allí hasta el juicio. En esto mi abogada y el fiscal llegaron a un acuerdo de que se quedara en 5 años, pero gracias a que mi madre comenzó a llorar, y me dijo que, si no había sido yo quien tirara para adelante con todo o con nada, así hicimos y salí absuelto por falta de pruebas, ya que la navaja no apareció nunca.

Total, que todo quedó en un susto, el del navajazo salió adelante y yo salí en libertad con la nariz torcida y los ojos deformados hasta el día de hoy.

Lo que más estuve en la cárcel seguido fueron 12 años, y un día en Aranjuez por no presentarme al juzgado por culpa de la heroína, el juez me metió de nuevo en la cárcel por rebeldía, ya que dictó orden de búsqueda de un juicio anterior de robo que me condenaron a firmar los primeros y últimos de cada mes, y no fui.

Entre tanto, mi relación con mi primera mujer fue bien hasta los 10 de años con los que compartí mi vida con ella y mi primera hija, pero la adicción que tenía a las drogas cada vez hacía que fuera peor. Bueno y con todo el que estaba a mi lado en aquella época.

En esos momentos, si tengo que ser sincero, como estaba desfasado por el desequilibrio que tenía de

las drogas, no me conformé con una mujer. Llegué a tener tres mujeres en tres pisos distintos a la vez, sin que ellas se dieran cuenta, a las que mantuve como pude y a veces me mantuvieron ellas.

La madre de mi primera hija sospechaba algo de todo esto y por eso no quiso el piso que nos daba IVIMA, ya que pensaba que me iba a aprovechar de ella por el enganche que tenía a las drogas, por lo que no quiso aceptarlo y ahora con la reflexión que me permite estar fuera de ese mundo de las drogas, la entiendo, pues comprendo que, si hubiéramos aceptado el piso, al final ella era la que hubiera tenido que pagar todo además de que como dije antes, sospechaba que la engañaba.

La segunda, que aún no he hablado de ella, es la madre de mi segunda hija, que se llama A. Con ella estuve 11 años, compartí un piso y trabajaba en una imprenta.

Conocí también en ese momento de mi vida, a otra chica que se llamaba M, y creo hoy que si no hubiera estado tan desequilibrado como estaba en aquella época, hubiera vivido con ella solamente. Aún me gusta recordarla, me acompañó hasta los 45 años y fue una buena compañera.

Tendría yo unos treinta años cuando estuve con las tres a la vez. Como anécdota, coincidió que por entonces tuve una de mis estancias en la cárcel y al llegar allí me preguntaron que con quien quería tener el bis a bis, así que le dije al guardia que, si podía poner a tres, pues tenía tres mujeres, y me dijo que no, que no pusiera el nombre de ninguna

de ellas. Eso reconozco que era un cacao, pero como lo era mi vida por aquel entonces.

Recuerdo de aquella fase de mi vida también, que heredé dos tiros en el pie, que podía haber sido peor ya que en un robo de los que hacía para apaciguar el mono salió el dueño con un rifle y se lio a pegar tiros. Uno me rozó el pie y otro me dio de lleno, así que cojeando salí como pude de allí, y fui al médico de la empresa donde colaboraba con mi padre y le dijimos que había sido en accidente de trabajo, y luego al verlo el médico, le tuve que dar dinero bajo manta para que no lo notificara a las autoridades. Todavía tengo las secuelas de aquel tiro, sobre todo cuando cambia el tiempo.

Imaginaos los años posteriores a todo esto que estoy contando, nada fue a mejor si no a peor, y eso que estuve de 8 o 10 años en la Cruz Roja intentando dejarlo, pero, aunque dejé la heroína con la metadona que me daban, me enganché a la cocaína, y me dijeron que me estaba metiendo una bomba. Las drogas fueron superiores a mí durante toda esa parte de mi vida.

También frecuentaba la parroquia porque había un taller que se llamaba PUMBI, que lo habían creado los sacerdotes J y J, junto con varias mujeres y colaboradores suyos donde hacíamos todo tipo de actividades ocupacionales y trataban de alejarnos del mundo y de los hábitos de las drogas. De aquella época tengo muy buenos recuerdos porque se portaban muy bien con nosotros y gracias a ellos, que me llevaron a salud mental, me dieron una minusvalía de 69 % que me

supuso una pequeña paga para mis pequeños gastos.

Una de las cosas que más me ha marcado últimamente, fue el ictus cerebral que me dio. Me paralizó todo un lado de mi cuerpo y aun no me recuperé del todo y vivo con las secuelas de aquella noche.

Tenía por entonces unos 45 años y un día de esos de excesos me cogí un moco y le dije a un amigo del barrio que me esperara en su casa, que me iba a echar un poco para que se me pasaran los efectos del coctel (tinto de verano, porros, coca), y luego iríamos por ahí de marcha. La cosa fue que, al levantarme a las 6 de la mañana, me di con el armario en mi habitación y me caí al suelo. Es cuando me oriné encima y perdí toda la sensibilidad y la fuerza del lado derecho, así que al ver que esto era algo más complejo que las secuelas de una noche loca, llamé a mi madre para que llamara a la ambulancia. Ellos me llevaron al hospital y después de todo el tiempo de pruebas, le dijeron a mi familia que me dio un ictus cerebral y que había sido consecuencia de todos los excesos de mi vida y no haberme hecho una revisión antes, ya que estaba totalmente descompensado.

Así es que me tiré en el hospital 29 días con sus 29 noches, vaya horror. Recuerdo que me pusieron un pañal y les decía que me lo quitaran, pero la verdad es que lo necesitaba. Se me complicó aún más con una neumonía, y los médicos, viendo las complicaciones, no daban un duro por mí.

Milagrosamente me fui recuperando y así apoyándome en el hombro de mi madre, fui fortaleciendo los músculos de las piernas, con la rehabilitación y el Tranquimazin, creía que me había curado del todo ya que también me dieron el alta y me fui para casa. Me mandaron rehabilitación en la vía Carpetana y que anduviera mucho.

Lo cierto es que han pasado 6 años y no me he recuperado, y desde entonces tengo que ir con el cetro, el bastón que me acompaña a todos lados.

En estos años me he visto muy torpe e indefenso, he tenido que pagar a amigos con dinero o con cervezas para que me acompañaran y me sintiera seguro al andar de un lado a otro.

En una de estas, iba con un amiguete a quien financié, decidimos sentarnos en una terraza de la Vía Lusitana y sobre las dos de la mañana el indio que regentaba la terraza nos mandó marchar. Pero estábamos tan a gusto que no le hicimos caso, así que llamó a la policía. Esta vino y nos dijo que nos levantáramos, entonces yo le dije que hasta que no acabara la consumición no me iba y se fueron al coche, se pusieron los guantes, y nos volvieron a decir que nos levantáramos. Mi acompañante hizo caso y le dijo al policía que era mi hermano, pero sin que apenas se diera ni cuenta le soltaron un golpe en el pecho y dirigiéndose a mí, me querían llevar, pero me dio la cabezonería de que no me levantaba y me enganché a la silla como si fuera mía. Ellos se iban calentado cada vez más y cada vez recibía más palos por su parte. Al final consiguieron meterme en el coche policial, pero en

vez de llevarme al hospital como yo les pedía, me llevaron a la comisaria sin bajar del coche. Me querían hacer firmar, pero me negué, decidieron llevarme a casa y yo les dije que no, que, al hospital, y que les iba a denunciar, que me enseñaran la placa. Me bajaron a la fuerza y me dejaron en la marquesina del 121 y como yo estaba mosqueado no dejaba de gritarles y decirles que les iba a denunciar, así que volvieron y me pegaron otra vez. Me quedé tirado en medio de la calle, ellos se marcharon y me dejaron allí y al poco llegaron los municipales y les dije que habían sido los nacionales y entonces ellos se lavaron las manos y se marcharon también. Gracias a que pasó un taxi que se apiadó de mí y me llevó al 12 de Octubre.

El médico que me trató me dijo que no me metiera en líos, que bastantes antecedentes tenía para que me buscara más líos por una paliza cuando no había testigos, ya que el "amigote" desapareció del mapa, encima con mi bono-transporte, aunque me lo devolvió más tarde.

Reconozco que me pasé un poco en la defensa de mis derechos, pero me dio mucha rabia que me maltrataran de esa manera a las 2 de la mañana, solo, por no levantarme de una miserable silla de plástico.

La impotencia de ver que no me recuperaba del ictus fue creciendo en mí, ya no era el mismo, mi grado de discapacidad había crecido a un 83%.

Lo único que me hacía despertarme con alguna ilusión era el grupo de PUMBI, pero incluso esto se iba a desmoronar, ya que recuerdo que, por un

problema económico de una denuncia de un propio trabajador social, que antes había sido como yo, drogodependiente, iban a cerrarlo. Y no se me ocurrió otra cosa que, delante de las cámaras de la Sexta, amenazar que me iba a suicidar si así lo hacían.

No sé si fue solo por eso o también todo lo que llevaba vivido hasta ese momento, que la amenaza la llevé a cabo y un día me tomé todas las pastillas de toda la semana y con un cafecito esperé el momento de quedarme dormido para siempre, desaparecer era mi objetivo, estaba cansado de vivir, de fracasar en el intento de ser feliz. Pero antes le dije a mi prima, que vive en frente de nuestra casa, que se despidiera de mi madre, y ella me dijo ¿cómo que me despidiera?, que lo hiciera yo, que esperara a mi madre antes de hacer ninguna locura, e inmediatamente llamó a la ambulancia y me llevaron de urgencias al 12 de Octubre, donde me hicieron el lavado de estómago y otra vez me lanzaron a la vida.

Si lo analizo ahora con el paso del tiempo, lo que me salvó aquella ocasión fue el deseo de despedirme de mi madre. No la podía dejar así sin ninguna palabra, y eso es manifestación del cariño que le tengo. Ella siempre ha sido dura conmigo, pero es la que ha permanecido siempre a mi lado. Reconozco que no sé pagárselo, ella me dio la vida, ella me la conservó, ella me cuidó, ella ha ido a por la metadona, ella ha ido a los vendedores de drogas que había en el barrio para pedirles por favor que no me la vendieran, pues me sentaba muy mal. Por eso, este pequeño relato de mi vida

valga también para homenaje a todas las madres y familiares de los de mi generación.

Al cabo de los seis meses, mi madre se encontraba verdaderamente cansada, por lo que los trabajadores sociales le propusieron un descanso familiar y me llevaron a Cobeña, un centro social donado por el alcalde de la localidad para personas con problemas y discapacidad, la única condición que puse es que me dejaran fumar, y así fue.

Era un lugar que me llamó mucho la atención pues era precioso, había conejos, multitud de pájaros, un huerto, una piscina, unas habitaciones individuales con baño dentro y muchos jardines.

Al poco de estar allí, un interno que estaba en fase terminal no se le ocurrió otra cosa que comprar marihuana para los dos, con dinero de otro interno, que fue el que se chivó de mí al trabajador social porque quería echarme de allí, ya que no le hacía caso y él tenía mucha mano entre todos los internos y mi presencia le quitaba la autoridad. Así que me expulsaron de ese paraíso terrenal por envidia de aquel interno que yo creo que estaba grillado, ya que no dejaba de inventarse cosas sobre él, por ejemplo, decía un día que era abogado y otro día decía que diplomático y otro que había sido diputado y no dejaba de ir a la iglesia y ganarse el favor del cura, y como si fuera algo importante llevaba siempre un escapulario y la biblia en la mano.

Así que mi siguiente destino después de la expulsión fue Ciempozuelos. Yo no quería ir porque había sido engañado por "el chivato de

Cobeña”, denunciándome de fumar porros que el mismo había financiado. Entonces a la fuerza me esposaron con grilletes de psiquiátrico de pies y manos y con lo puesto me metieron en una ambulancia, y yo no hacía más que gritarles e insultarles, mientras íbamos al nuevo destino.

Este no tenía nada que ver con el de Cobeña. Era el típico psiquiátrico que nadie quiere estar, además de que me tenían atado todo el tiempo y me obligaban a comer. Sinceramente, aún hoy no sé qué pintaba yo allí, pues mi problema era más afectivo que psicológico, pero me trataban como si estuviera loco. Y aunque algo me pasara de locura, no era para que me trataran como un demente desquiciado, mi agresividad se debía, como la de la silla de plástico, a mi cabezonería e impotencia y de repente me dio la sensación, por un instante, que me iba a quedar ya allí para siempre, de por vida.

Y hubiera sido así si, en una ocasión, mi hermana al llamar para ver cómo me encontraba no hubiera hablado por teléfono por casualidad con un enfermero de noche, que fue el que la recomendó que me sacaran de allí porque estaba muy agresivo. Y no por la medicación o mi locura, si no por la sensación de abuso y de injusticia que estaba sufriendo. Y gracias a esto, estoy hoy en casa, ya que si no estaría allí en Ciempozuelos paseando medio grillado por los jardines interminables de la locura.

Mi hermana inmediatamente comenzó a tramitarlo todo para hacerse cargo de mí y devolverme de nuevo a casa, así que después de

treinta días allí, que fue como una vida entera, por fin volví a la libertad, pues esto fue más duro que las veces que pasé por la cárcel.

Desde entonces ando por el barrio, con la ayuda de algunos que considero mis amigos y que me hacen sentirme bien porque me escuchan y me tratan como una persona interesante y con algo que aportarles.

Otras me hago el despistado para que me pongan un café y me vaya sin pagar como si no me acordara, o me den un cigarro, o pueda pasar la tarde con alguien en algún banco del barrio hablando de mil cosas sin hablar de nada.

Me asalta también un pensamiento últimamente que me entristece, que tiene que ver con uno de mis hermanos que se llamaba J. Él, que fue a la vez mi hermano, mi jefe y mi amigo, y que me hace creer que la vida a veces es injusta ya que recientemente falleció de una enfermedad llamada cáncer, y yo, le recuerdo como persona íntegra, que vivió para su familia y no cometió las locuras que he cometido yo. Por lo que me hace pensar que me tendría que haber ido yo primero y no él, aun así, la vida nunca nadie ha dicho que tiene que ser fácil y comprensible a simple vista.

Hemos estado mi biógrafo y yo cerca de dos meses intentando ordenar, en este pequeño libro, todo lo que recuerdo de mi vida y me ha llevado a llorar, pero también me ha hecho reír.

Llorar por el daño que he podido hacer a mis seres queridos, por lo que he perdido con las drogas, especialmente a mis hijas, que, aunque reconozco

que me he portado, no como un padre tradicional, sino que era un drogodependiente y esto marcó profundamente mi relación con ellas, pero sé que las quiero mucho y no las puedo ver ahora, ya que me rechazan y con razón. Solo me queda llorar por las personas de mi generación que he ido viendo que caían por las drogas, sobredosis, sida, en atracos, en definitiva, llorar por las víctimas de nuestra locura del infierno de las drogas de los años ochenta que pude conocer en mi camino tortuoso.

Pero también reír, ya que reconozco que he sido una persona muy atrayente para las personas que me rodeaban y tenía un punto que los que de verdad me han conocido, han podido disfrutar. Por lo que en el fondo no soy tan malo y tan solo he buscado ser feliz por un camino equivocado, que para mí nunca tuvo marcha atrás por mi mala falta de voluntad. Reír también por las personas buenas que he conocido que han sido varias, reír por las cosas que he hecho movido por la locura de mi alterada cordura, reír al recordar anécdotas graciosas de mi vida, que, aunque no las haya puesto en el libro, ya que esas me las quedo para mí, he pasado un buen rato recordándolas y haciéndolas presente hoy en mi vida, todas ellas.

Por eso, este libro sirva para dos cosas, en primer lugar, porque me hace ilusión haber podido escribir un libro que es mío y no lo puedo perder y, en segundo lugar, porque me dice el padre que me vale también de confesión y me dará la absolución por mis pecados, que me preparará un lugar en el

cielo que no merezco, pero que el Dios que me escuchó aquella tarde ganó para mí.

Nota del Autor:

Este relato lo redacté, con mi biógrafo, en el otoño del 2016 y después de cuatro años, en esta segunda edición, mi vida ha cambiado un poco desde entonces. Ahora estoy en el pabellón de las hermanas Misioneras de la Caridad, que se dedican a cuidar a los más pobres entre los pobres, y aún no sé si estaré mucho tiempo aquí.

Pero hasta entonces ostento este noble título, como San Dimas padeciendo por mis debilidades, equivocaciones y sufrimientos, junto a la cruz de Cristo, y que a la vez que le pido la vida eterna, le pido un cigarro.

Me gusta cuando vienen a verme mis seres queridos, mi querida madre, algunos de mis hermanos y mi biógrafo, momento en el que dejo una rendija a los sentimientos y se me caen las lágrimas que trato de ocultar para que no parezca débil ante mis compañeros de viaje en esta etapa de mi vida.

A Madrid, 1 de enero de 2020."

Testimonio recopilado por un Sacerdote del barrio de Pan Bendito en Madrid.

Testimonio entró muy delgado en nuestra querida casa de acogida.

Pero como muchos de nuestros otros amigos, la inactividad y buena alimentación hizo que poco a

poco fuera cogiendo peso, hasta terminar moviéndose con bastante dificultad.

Lo recuerdo como una persona con cierta paz interior y jovialidad. Y muy ilusionado compartiendo con todos los voluntarios el citado testimonio, y haciendo énfasis en su difusión para evitar errores ajenos. Parecía que efectivamente había llegado a la ya conocida fase de perdón personal.

Pero poseía algo que todavía no había salido a la luz. Como después pudimos efectivamente leer, Testimonio padecía algún tipo de *issue* que, en ocasiones, venía acompañado de cierta agresividad. La primera y única taza que me lanzó a la cara y conseguí esquivar, empezó a enseñarnos ese lado suyo más delicado. Comportamientos a los que acompañaban un tremendo arrepentimiento, tristeza y soledad. Me acuerdo que, a pesar de acercarme a él para quitarle importancia o incluso obviar lo ocurrido, se encerraba posteriormente en sí mismo durante días y días.

La repetición de esta actitud hizo lógicamente recomendable que Testimonio estuviera en otro tipo de centro. Que recibiera otro tipo de atenciones.

El caso es que, cuando en su día compartió dicho relato con nosotros, no tenía en mente escribir nada sobre lo aquí expuesto. Fue meses más tarde, cuando ya en faena, comprobé con tristeza que el presente libro estaría absolutamente incompleto sin incluir los devenires de sus errores y

transformación, y dar cumplimiento a su ilusión de difundirlo.

Al momento me puse a preguntar al resto de voluntarios quien podría tener copia del citado escrito. Desgraciadamente nadie lo había guardado, ni las propias Hermanas. Lo busqué hasta la saciedad.

Continué indagando, hasta que pasaron algunas semanas y otro de nuestros amigos me pudo contar algo de su vida, e identificó los barrios de Madrid donde había vivido.

Estuve días buscando en internet y llamando a Iglesias intentando encontrar al Padre que había escrito semejante obra de perdón. Incluso erré, tras una de esas conversaciones, comprando un libro de un sacerdote, también de su barrio, donde pensé venían historias de transformación de distintas personas de la zona.

Tras agotar toda opción de búsqueda, extasiado de tanto errar, ni corto ni perezoso cogí mi moto y me fui a una de esas "posibles" Iglesias del Barrio de Pan Bendito lleno inquietud (debido a mi desconocimiento) de que me pudiera pasar algo.

Y heme yo aquí, que como decía, jamás había escrito nada, no solo con la clara intención de narrar vidas ajenas sino haciendo "labores de investigación". Periodismo de guerrilla.

Pero dicho trayecto por fin obtuvo su recompensa. ¡Que alegría Dios mío! Que júbilo. Prometo que me dio más alegría que aprobar la última asignatura de mi segunda carrera. Lo encontré. A ese trabajador de Dios en la sombra, ese cuidador de lo

pequeño. Media hora de conversación me bastaron para ver la magnífica obra que realizan. Media hora que queda gravada en mi alma y que le hacen a uno recuperar la poca fe que tiene y ver de cerca la labor de personas que están detrás de cambios vitales.

Lleno de admiración, escuché detenidamente detalles hasta entonces para mí desconocidos, de la vida de Testimonio. Una persona que siempre estaba pidiendo por el barrio, desorientado, a la que la gente rehuía. Pero que no era dinero lo que realmente necesitaba.

Poco a poco el Padre lo empezó a acercar a la Iglesia, a Dios, a su perdón y a la paz. Me contaba con nostalgia que se pasaba horas llorando en la entrada de la parroquia. Y poco a poco empezó a confesarse con él. A transmitirle sus pecados, sus inquietudes, sus inseguridades. Buscando un cambio de vida, una absolución. Un empezar de nuevo.

Nuestro admirado sacerdote fue dándole su cariño, dándole a conocer a Jesucristo y consiguiendo que se hiciera querer por Él. Entendiendo sus preocupaciones, y siendo comprensivo con sus debilidades. Hasta en un momento me reconoce, que dicha aproximación a la Iglesia cambió la imagen de nuestro amigo T en el barrio.

Hasta que, tras narrar su vida y devenires, después de semanas de confidencias, le otorgó finalmente la merecida absolución.

Y es ahora cuando, en un entorno de reciente y constante ataque a la Iglesia, pongo de relieve el papel anónimo y desconocido que cumplen. Por supuesto que se han cometido errores, y es posible que desgraciadamente se sigan cometiendo. Pero poco se habla del valor social que aporta, de las buenas obras que realizan y del cariño que, como también en este caso, dan a personas que lo han perdido todo.

A destacar por último en un momento de nuestra media hora de conversación, mi ingenua pregunta de si incluía su nombre como autor del citado relato o prefería continuar en el anonimato. Como no, me sorprende su contestación al decirme, que se cree conocer a sí mismo, y que dada su vanidad prefiere no figurar en las presentes. ¿qué vanidad tendrá usted, Padre? Pienso yo de inmediato. Pero hágase su voluntad.

U de unión

Unión es el perfil de amigo que siempre me esperé encontrar. Una vida dura desde su nacimiento y carente de oportunidades. Un camino difícil de rectificar.

Perteneciente a una familia de 8 hermanos, un diagnóstico temprano de cáncer a su padre les obliga a trasladarse de Andalucía a Madrid, donde pensaban podría recibir los cuidados necesarios. Cuidados que finalmente no terminan dando sus frutos y que convierten en viuda temprana a una madre analfabeta y sin formación con una enorme responsabilidad a sus hombros.

A sus tempranos 5 años se le abre a nuestro amigo una nueva realidad. Una carrera de fondo donde el primer tramo es una empinada cuesta. Un escenario de falta de adaptación escolar, peleas dentro y fuera de casa y lucha por no entrar en un colegio interno de donde amenazaba, escaparse al instante. Un camino en el que, a sus escasos 13 años, sin tutela y en su inconsciencia, toma una de las decisiones vitales aparentemente más sencillas, pero de una enorme transcendencia: dejar para siempre de estudiar.

Y es en ese preciso momento donde por vez primera sale a la luz la fortaleza de su situación y la pieza que supondrá su salvamento futuro y su desfibrilador natural: su familia. Por ahora, ese hermano mayor que sentencia de forma fulminante “pues si no va a estudiar, que trabaje”.

En esa España de los 70, en la que se permitían cosas que ahora resultan impensables, Unión se incorpora a una empresa cárnica cercana a su casa. Ocupación que mantiene con cierta constancia durante un total de 9 años. Una dedicación que poco a poco, y gracias a disponer de dinero, empieza a combinar con el lado más oscuro de un país que amanece. El consumo primero, las dependencias y la apropiación de lo ajeno después, le hace pasar a formar parte de esa primera generación que parapeta el golpe de la entrada de la droga en España. Esa generación que nada sabía de ella, ni de sus consecuencias. Una juventud al completo desaparecida, "de mis amigos de esa época solo quedamos uno y yo".

Una inmersión en el camino de la desaparición que, aunque se produce lentamente dada su temprana edad, se precipita. Pero siempre, siempre, contando con el rechazo de esa madre luchadora que se mantiene firme ante las dificultades y que, como ahora recuerda con una sonrisa pícaro, "tiraba por la ventana de casa la mercancía robada".

Ahora reconoce con nostalgia haberse rodeado de gente que realmente nunca fueron sus amigos. Personas que no miraban por sus intereses y que, sin duda, fueron malas influencias para un corazón joven e indeciso.

No pasó mucho tiempo hasta que dicha trayectoria, como era de esperar, cambiara su realidad laboral hacia el desempleo absoluto, y de la noche a la mañana los robos se convirtiesen en su único *modus vivendi*.

Saqueos que narra con una memoria envidiable y tremenda exactitud. Una rutina sencilla, un dinero fácil y una cierta organización, transforman a Unión en prácticamente un experto. "Hacíamos casas, coches, camiones, algunos de ellos llenos de mercancía, y nos los llevábamos a unas naves a las afueras de Madrid. Robábamos bares, empresas de paquetería... gracias a Dios nunca dañé a nadie."

Pero también lo convierten en alguien que compagina su vida con constantes entradas a la cárcel, o a lo que su madre llamaba con cierta sorna, su segunda casa. Un nuevo escenario de idas y venidas que consiguen agotar a su primera mujer y novia de toda la vida de su barrio, con quien tuvo su primer hijo, e incluso a la segunda, natural de Extremadura, con quien también tuvo descendencia.

Una vida sostenida por su verdadera profesión, el amor a lo ajeno, que le impide, como es lógico, reengancharse al mundo laboral. Pero que afortunadamente, y pesar de los desvelos, lágrimas y sacrificios, es acompañada de esa madre aglutinadora que no cesa en su empeño ni cambia de postura. Esa madre de San Agustín. Esa verdadera santa que no se desvía un ápice de su auténtico rumbo en la vida, mantener unida a su familia e inculcarles valores.

Y no en balde por supuesto. Porque de los dos pilares que mantienen la vida de cualquier ser humano, la familia se mantuvo firme. La unión consolidada nunca se resquebrajó.

Dos hijos, como digo, de dos mujeres diferentes, años de droga, robos, y mucha cárcel, no han conseguido que Unión siga disfrutando de sus hermanos, hermanas y sobrinos, y que, a pesar de sus circunstancias, sea partícipe de una relativa vida familiar. Su propia mesilla de noche, repleta de fotos familiares, da fe de ello. Y sus asiduas visitas y salidas controladas, también.

Unión posee ya un alma llena de paz, agradecimiento y perdón. Y no sólo a su familia o amigos de verdad, sino a mucha gente con la que se cruzó en su vida. Hasta me sorprende ver cierta gratitud hacia algunos funcionarios de prisiones cuando recuerda con cariño la vez que lo llevaron, gracias a un permiso, a despedirse de su madre en su lecho de muerte.

“Agustín esta casa para mí ha sido una absoluta bendición. Si no hubiera caído aquí seguiría perdido, quizás muerto. Y mi familia, a pesar de mis constantes caídas y dificultades, siempre ha estado ahí, nunca me ha fallado”.

Unión anda actualmente con dificultad. Además, normalmente necesita tener oxígeno para ello. Pero al menos, no va en silla de ruedas como la gran mayoría de nuestros otros amigos. Y eso le permite ser el más hábil del lugar. Habilidad que destina, como no podía ser de otra manera, al cuidado y ayuda del resto de amigos. Es, como se dice, el tuerto en un mundo de ciegos. Y en honor a la verdad, es el organizador por excelencia del día a día de la casa. Me ayuda, o, mejor dicho, le ayudo yo a él, a calentar el café y preparar el resto de la

merienda, recoger y limpiar los platos y vasos, y hasta en ocasiones hacer las camas.

Que grande eres amigo. Espero disfrutar muchos años de tu presencia. Te amo.

H de huida

He pensado mucho escribir sobre Huida porque nunca tuvo la oportunidad de contarme su pasado. Pero el resto de mis amigos, a los que sí les dio detalles, me han incitado a hacerlo siempre en su memoria y con el fin de contribuir a dicho posible espíritu de transformación vital.

El Señor H fue de los últimos en acudir a nuestra querida casa de acogida. Lo recuerdo como una persona prudente, silenciosa, y tremendamente educada y respetuosa.

Natural de Ecuador, llevaba años viviendo en España ejerciendo de portero en una finca exclusiva del centro de Madrid donde residía, al parecer, un antiguo CEO de la empresa donde trabajo. Y del que recuerdo le divertía enormemente contarme anécdotas de su día a día y de su amable y simpática mujer, de la que siempre hablaba maravillas.

Como la gran mayoría, se movía también en silla de ruedas, aunque con cierta dificultad. Normalmente, le temblaban los brazos y las manos. Aun así, era de los pocos que cada tarde acudía a esa especie de gimnasio provisional a ejercitarse con una constancia envidiable. Recuerdo ayudarle a andar en las barras paralelas que, dado su desuso habitual, solían ejercer de tendedero. Él nunca perdió la sonrisa, ni las ganas de superación.

Sin conocerlo en profundidad, estaba seguro de que Huida era una buena persona y su presencia en la casa se debía a alguna flaqueza pasada, probablemente no relacionada con las drogas.

Un día, quiero recordar que cercano a Navidad, me enseñó algunas fotos de su vida reciente. En una de ellas, aparecía cenando en un restaurante de Madrid con un grupo de compañeros. Parecía evidente que también había vivido una sexualidad escondida, y además en un país intransigente y de poca aceptación social.

Al parecer el Señor H se enamoró de esa pérdida forma en la que se paraliza alma, cuerpo y espíritu. De esa manera en la que te falta el aire, en la que el amor duele. Incluso hasta tal punto de no soportar estar en los mismos sitios que él tras su muerte repentina en un accidente de motocicleta. De no poder recorrer las mismas calles, sentarse en los mismos bancos, ir a comer a los mismos restaurantes... un dolor desconocido para el resto de su mundo, un dolor descorazonador, asfixiante, inconsolable y solitario, que solo le dejaba un camino libre, la huida. El destierro. El abandono definitivo de su país y de sus orígenes.

Y eligió España como puerto de recalada. La madre patria, un país amable, con buen tiempo y con el mismo idioma y religión, pero sobre todo un lugar donde nadie lo conocía, ni nada sabría de su pasado.

Sin embargo, como era de esperar, el alma, cuerpo y espíritu también viajan con uno mismo. Y por supuesto, el dolor. Esa afiliada espina clavada le

acompañó el resto de sus días como una ausencia insustituible, un amor irremplazable.

No eran raras las ocasiones en la que sorprendía a Huida sentado silenciosamente en su silla mirando el atardecer por la ventana. Ahora que conozco su historia, sé que estaba con él.

Desgraciadamente, como miles de personas en nuestro país, el Señor H pasó a engrosar la lista de los que murieron por el dichoso Covid-19. Un linfoma no le permitió superarlo, aunque según atestiguan sus antiguos confidentes, no le importaba marcharse. Era su momento. No estaba dispuesto a luchar. Buscaba definitivamente el reencuentro con el amor de su vida.

Descanse por fin en paz junto a su alma gemela.

116 jornadas

El Señor Jornadas fue también uno de los últimos en aparecer por nuestra querida casa de acogida.

Originario de Rumanía, llevaba ya 20 años viviendo en España y se movía con bastante destreza, sin necesidad de silla de ruedas. De hecho, si no escuchabas su acento de erres pronunciadas podías llegar a pensar que era perfectamente un español de la Mancha. Tendría una estatura alrededor del metro setenta y cara de curioso. Pelo moreno, siempre peinado.

Como alguno de nuestros otros amigos, su agilidad e independencia fueron puestas al servicio de los demás y en poco tiempo se convirtió en el nuevo alma y señor de la casa: cambiaba pañales, levantaba a nuestros amigos, ponía la mesa, limpiaba platos... hasta en alguna ocasión le insinué, entre risas, que mi presencia ahora sobraba.

Era por supuesto de tremenda ayuda, y si te descuidabas, hacía sin rechistar la totalidad de los quehaceres diarios. En silencio, sin decir una palabra. Personalmente brillaba de placer viendo semejante generosidad, tan magna entrega, observando cómo, fuese el que fuese su pasado, también en él se estaba produciendo cierta transformación vital.

Pasaron varias semanas hasta que me contó brevemente su historia. En este caso, la raíz de su problema había sido siempre el alcohol, esa droga

“blanda” extendida en nuestro país que toleraba con dificultad y le hacía ponerse agresivo. Aunque reconocía, no acordarse posteriormente de casi nada.

Esa sustancia hizo huir despavorida a su primera mujer, y provocó las denuncias que le habían traído a su nuevo hogar por parte de su última novia. De hecho me asegura que fue precisamente en su divorcio, cuando de un consumo ocasional pasó a uno diario.

En el momento en que entró en nuestras vidas ya llevaba a sus espaldas un paso breve por la cárcel y unos cuantos talleres. Le quedaban pendiente 116 jornadas sociales, prescritas por su asistente social, que se estaban computando en nuestra querida morada con tremendo entusiasmo. Era sin duda, un voluntario más.

“Por lo menos tienes claro el foco de cuál es tu problema”, le decía una tarde calurosa de verano mientras asentía convencido con la cabeza. “Ahora lo importante es que, cuando salgas de aquí, no bebas ni una gota de cerveza”. “Así lo haré” me contestó.

“Ese es precisamente el mensaje que quiero dejar grabado en las presentes. Esta es mi lección. El peligro del alcohol, lo que ha supuesto en mi vida, y como la ha transformado. De droga blanda nada. Es una droga fortísima, como otra cualquiera, que genera una dependencia tremenda. Con la dificultad añadida, de que en este país -y otros muchos- está presente en todas partes. Esta globalmente aceptada.”.

A nuestro nuevo amigo 116 jornadas se le ve bastante convencido. Ojalá esté aprendiendo dicha lección definitiva.

Todavía desconozco si es necesario, como leo en internet, otro tipo de actividad que incluya "conferencias, talleres, mesas redondas, u otras que abordan problemáticas sociales específicas, buscando soluciones y fomentando el diálogo y la colaboración".

Sea como fuere, espero tenerlo a mi lado mucho tiempo, porque sinceramente creo que es el tipo de persona que necesitan nuestros amigos a su alrededor. Un ejemplo de ayuda, entrega, arrepentimiento y transformación.

R de rencor

No tengo claro que escribir de Rencor tenga su beneficio. De que se pueda sacar alguna lectura positiva de su mensaje, o incluso de que sea la mejor forma de terminar este pequeño libro.

Pero hay algo en su historia que me impacta y me llama tremendamente la atención. Es desde luego diferente a lo que por el momento me he encontrado.

Rencor ha sido el último amigo en incorporarse a nuestras vidas. Muy delgado, con perilla, cara asustadiza, es como alguno otro, un culo de mal asiento.

Proviene de la cárcel, o mejor dicho de muchas cárceles al mismo tiempo, donde ha pasado la gran mayoría de su vida. Concretamente casi 50 años. Las conoce todas, Carabanchel, Soto del Real, Puerto 2...

Nacido en una barriada de una importante ciudad andaluza, pronto acarició el mundo de las drogas y por añadidura, el de los robos con violencia.

Pero a diferencia del resto de amigos, que o han perdonado o están en dicha fase, el Señor R por el momento no sólo no se arrepiente de nada, sino que conserva en su alma bastante odio. Mucho rencor.

Y te lo explica con la mayor naturalidad del mundo. Como el que lee la lista de la compra. O mientras es cariñoso con el resto, ayuda en alguna gestión

doméstica o te da las gracias educadamente por haber venido.

Al parecer una de las veces que lo metieron entre rejas -no la primera-, fue por el asesinato de un Guardia Civil. Pobrecillo, y pobre su familia. En ocasiones pienso que prefiero incluso que no me cuenten sus cosas. Temo que me puedan condicionar. Le cayeron diecinueve años con sus correspondientes diecinueve primaveras.

Dicho paso a la sombra no consiguió convencer a su alma inquieta, que nuevamente topó con los cuerpos y fuerzas de seguridad de nuestro afable país. Concretamente con la de ese cumplido policía nacional que personaliza su lucha para sacarlo de circulación. Lo imagino como alguien responsable, de esos que visten el uniforme con orgullo y están comprometidos con la causa conocedor del daño que producen las drogas y robos en nuestra sociedad.

Y lo consigue, al menos temporalmente. Aunque igual exponiéndose demasiado, o llevándolo, presumo por lo que nos cuenta Rencor, a un terreno excesivamente personal. "No descansaré hasta verte en la cárcel para siempre" le dijo al inicio de uno de sus múltiples juicios. A lo que el Señor R contestó que terminaría con su vida una vez pisase la calle. Y como es hombre de palabra, transcurrido casi un año de su nuevo confinamiento por hurto menor, acudió presto y veloz a su casa a coger la pistola y buscarle. Desgraciadamente lo encontró, como no. Dos tiros le disparó en el pecho. Pero gracias a Dios ese día no era el de nuestro cumplido policía, y consiguió

vivir para, recién salido del coma después de 9 meses, identificar al homicida. Aunque ya en silla de ruedas para el resto de su existencia.

Otros 15 de prisión siguieron sin convencerle, puesto que todavía asegura, sin apenas poder mantenerse en pie, débil hasta la extenuación, que terminará con su cometido y cumplirá con su palabra. Parece evidente que no ha aprendido nada en todos estos años.

Rompiendo mi protocolo personal de no preguntar:

- Señor R estoy escribiendo un libro sobre los habitantes de la casa. Me inspiró la figura de Bondad y he continuado con el resto de amigos que han querido contarme sus historias. No para hacer sangre de su pasado ni rememorar los errores cometidos, sino buscando el lado positivo de las mismas con el fin de lanzar un mensaje que pueda servir a alguien. Casi como una llamada de advertencia, un Aviso a Navegantes se podría decir.
- Si por favor me encantaría que escribieras también sobre mí.
- ¿Pero tienes algún mensaje positivo que te gustaría trasladar? ¿Algo que hayas aprendido en todos estos años y quieras decir a los demás? Quizás a alguien que pueda estar llevando el mismo camino que tú llevaste en su día.
- Si. Que se alejen por favor de la droga, que la aparten de su vida. Las adicciones han supuesto para mí el inicio del abismo. Han propiciado todo lo malo que posteriormente he ido haciendo. Han sido la llave del infierno. Si no hubiese caído

en ellas, estoy seguro de que mi vida hubiese sido totalmente diferente.

- ¿Te arrepientes de algo? ¿Cambiarías cualquier cosa de tu pasado si pudieras retroceder en el tiempo?
- Me arrepiento de muchas cosas, y por supuesto que no cometería los mismos errores si tuviese la oportunidad de retroceder en el tiempo. No probaría la droga. Pero no lamento haber disparado a ese policía.
- ¿Conseguirás por favor algún día perdonarlo, y por añadidura, perdonarte a ti mismo?
- No lo tengo claro.

Acabo de llegar de mi servicio semanal con la sorpresa de que Rencor no se encuentra ya en la casa. Parece que alguna pena pendiente lo ha devuelto a una de sus cárceles predilectas, sitio que conoce de sobra. Me hubiese encantado poder ahondar más en su vida, en sus errores, terminar este testimonio y de alguna forma, intentar volver a hablarle del perdón. Conocerlo mejor.

Sólo espero sinceramente que sea una hora corta y consiga por fin llegar a la meta de remisión que hace descansar el alma. Algo me dice que algún día regresará, que volveré a verlo.

Agradecimientos

A mi hermano Alfonso por enseñarme el camino. Sin su figura probablemente nunca me hubiera acercado al rellano de la puerta de la Casa de las Misioneras de la Caridad en Madrid.

A las Hermanas por dejarme que las ayude, darme su cariño y acompañarme en esta aventura.

A la Madre Teresa de Calcuta por poner los cimientos y hacer que personas como yo puedan sentirse parcialmente realizadas.

A mis amigos por darme lecciones de vida todos los días y regalarme su amistad.

A mi mujer por, entre otras muchas cosas, enseñarme el valor del compromiso y como buena periodista, ayudarme con las correcciones.

Al resto de voluntarios y compañeros del metal con los que comparto mi día a día.

Al Padre anónimo de Pan Bendito en Madrid, por compartir con nosotros semejante testimonio de perdón.

A mi otro hermano Alfonso por enviarme fotografía de las sabias frases de la Madre Teresa que se muestran tras el epílogo.

Al voluntario Lucas, a quien por el momento desconozco, pero que desinteresadamente me ha autorizado a utilizar los magníficos dibujos que engalanan la contraportada.

Epílogo

El otro día, mientras les leía el libro en voz alta a algunos de mis amigos buscando su aprobación (muchos no saben leer o carecen de visión suficiente para ello), llegué a la determinación de que no quería que éste transcurriese por los canales propios de la producción literaria.

Y hablo lógicamente de editoriales, tiendas, librerías... no por supuesto porque tenga nada en su contra, más bien todo lo contrario, sino por considerar un resumen de testimonios que desinteresadamente recibí, y desinteresadamente entrego.

Si a tan solo una única persona le hiciese reflexionar sobre el devenir de su vida o las consecuencias de su camino, y le ayudase a rectificar, ya habrá valido la pena. O incluso y aún más importante, si a tan solo una única persona le hace conocer la labor de las Misioneras de la Caridad, de su humildad, esfuerzo, anonimato y constancia, mejor regalo será. Porque son "una gota de agua en el océano, pero ¿qué sería el océano sin dicha gota de agua?"

Y como el presente libro apenas será impreso, y siempre regalado, he reservado el dominio www.sinrostrosinnombre.com donde cualquiera podrá descargarlo e imprimirlo si así es su intención.

Por lo tanto, las presentes páginas se pueden plagiar y copiar parcial y totalmente. Se pueden

reproducir, escanear y distribuir parte o íntegramente por todos los medios necesarios, preferiblemente como indico con la intención de reconducir caminos o expandir la gran obra de la Madre Teresa de Calcuta, que casi 30 años desde su muerte, sigue siendo un Faro para todos.

Y, además, como espero que mi labor de voluntariado se perpetúe hasta que la salud me lo permita, este libro será un testimonio vivo sin final aparente en tanto en cuanto pueda ir escribiendo nuevos capítulos de nuevos amigos cuyo permiso reciba.

Aravaca 2025

El día más bello: hoy.
La cosa más fácil: equivocarse.
El obstáculo más grande: el miedo.
El mayor error: abandonarse.
La raíz de todos los males: el egoísmo.
La distracción más bella: el trabajo.
La peor derrota: el desaliento.
Los mejores maestros: los niños.
La primera necesidad: comunicarse.
La mayor felicidad: ser útil a los demás.
El misterio más grande: la muerte.
El peor defecto: el mal humor.
El ser más peligroso: el mentiroso.
El sentimiento más ruin: el rencor.
El regalo más bello: el perdón.
Lo más imprescindible: el hogar.
La ruta más rápida: el camino correcto.
La sensación más grata: la paz interior.
El arma más eficaz: la sonrisa.
El mejor remedio: el optimismo.
La mayor satisfacción: el deber cumplido.
La fuerza más potente: la fe.
Los seres más necesitados: los padres.
Lo más hermoso de todo: el amor.

Las palabras amables pueden ser cortas y fáciles de decir, pero sus ecos son realmente infinitos.

Nunca sabremos todo lo bueno que una simple sonrisa puede llegar a hacer.

Si juzgas a la gente, no tienes tiempo para amarla.

Yo sola no puedo cambiar el mundo, pero puedo lanzar una piedra a través del agua para crear muchas ondulaciones.

El amor es una fruta de temporada en todo momento y al alcance de todas las manos.

Difunde el amor donde quiera que vayas. No dejes que nadie se aleje de ti sin ser un poco más feliz.

La alegría profunda del corazón es como un imán que indica el camino de la vida.

Hay cosas que te encantaría oír y que nunca escucharás de la persona que te gustaría que te las dijera. Pero no seas tan sordo como para no oírlas de aquel que las dice desde su corazón.

El hambre de amor es mucho más difícil de eliminar que el hambre de pan.

La revolución del amor comienza con una sonrisa. Sonríe cinco veces al día a quien en realidad no quisieras sonreír. Debes hacerlo por la paz.

Nunca estarás tan ocupado como para no pensar en los demás.

No oro para el éxito, pido felicidad.

Para hacer que una lámpara esté siempre encendida, no debemos de dejar de ponerle aceite.

Cada obra de amor, llevada a cabo con todo el corazón, siempre logrará acercar a la gente a Dios.

No siempre podemos hacer grandes cosas, pero sí podemos hacer cosas pequeñas con gran amor.

Vive sencillamente para que otros puedan simplemente vivir.

¿Cómo puede haber demasiados niños? Eso es como decir que hay demasiadas flores.

El perdón es una decisión, no un sentimiento, porque cuando perdonamos no sentimos más la ofensa, no sentimos más rencor. Perdona, que perdonando tendrás en paz tu alma y la tendrá el que te ofendió.

Si no puedes alimentar a un centenar de personas, alimenta a una sola.

No deis solo lo superfluo, dad vuestro corazón.

La alegría es una red de amor en la que se pueden coger almas.

La falta de amor es la mayor pobreza.

Si no tenemos paz en el mundo, es porque hemos olvidado que nos pertenecemos el uno al otro, que ese hombre, esa mujer, esa criatura, es mi hermano o mi hermana.

Sé fiel a las cosas pequeñas, ya que es en ellas donde la fuerza reside.

Lo que importa es cuánto amor ponemos en el trabajo que realizamos.

Encontrémonos siempre el uno al otro con una sonrisa, la sonrisa es el principio del amor.

Nuestro examen de conciencia es el espejo en el que vemos nuestros logros y nuestras dificultades. Por eso debemos afrontarlo con sinceridad y amor.

El dinero solo puede comprar cosas materiales, como alimentos, ropas y vivienda. Pero se necesita algo más. Hay males que no se pueden curar con dinero, sino solo con amor.

Ama hasta que te duela. Si te duele es buena señal.

Si eres humilde nada te puede dañar, ni los elogios, ni la vergüenza, porque sabes lo que eres.

Yo puedo hacer cosas que tú no puedes, tú puedes hacer cosas que yo no puedo; juntos podemos hacer grandes cosas.

Lo que se tarda años en construir, puede ser destruido durante una noche; construyamos de todos modos.

La alegría es fuerza.

Darle a alguien todo tu amor nunca es garantía de que él también te amará; pero no esperes que te amen, solo espera que el amor crezca en el corazón de la otra persona. Y si no crece, sé feliz porque creció en el tuyo.

Muchas veces basta una palabra, una mirada, un gesto, para llenar el corazón del que amamos.

Hay muchas personas dispuestas a hacer grandes cosas, pero hay muy pocas personas dispuestas a hacer las cosas pequeñas.

Sabemos muy bien que lo que estamos haciendo no es más que una gota en el océano. Pero si esa gota no estuviera allí, al océano le faltaría algo.

El amor comienza en casa, y no es lo mucho que hacemos... es cuánto amor ponemos en cada acción.

La ciencia más grande en el mundo, en el cielo y en la tierra; es el amor.

El amor no puede permanecer en sí mismo. No tiene sentido. El amor tiene que ponerse en acción. Esa actividad nos llevará al servicio.

No necesitamos armas y bombas para llevar la paz, necesitamos amor y la compasión.

Hay una cosa muy bonita: compartir la alegría de amar.

Para que el amor sea verdadero, nos debe costar. Nos debe doler. Nos debe vaciar de nosotros mismos.

El trabajo sin amor es esclavitud.

El amor es un fruto que madura en todas las estaciones y que se encuentra al alcance de todas las manos.

Algunas personas vienen a nuestra vida como bendiciones. Algunas vienen a nuestra vida como lecciones.

Los árboles, las flores, las plantas crecen en silencio. Las estrellas, el sol, la luna se mueven en silencio. El silencio nos da una nueva perspectiva.

La disciplina es el puente entre las metas y los logros.

Aprendemos a través de la humildad, a aceptar humillaciones alegremente.

No soy más que un pequeño lápiz en la mano de la escritura de Dios.

Contraportada: Federico Blázquez (hijo)

